

COLECCIÓN
acción social



Razones para el compromiso

Xosé M. Domínguez Prieto

DESAFÍOS DEL MUNDO DE HOY

CUADERNO 21

	IDENTIDAD	ESCUELA SOLIDARIA	DESAFÍOS DEL MUNDO DE HOY
1	Martin Gelabert <i>Regenerar la cultura desde el Evangelio</i>		
2		Carlos Díaz <i>El educador: agente de transformación social</i>	
3			Fernando Marhuenda <i>Trabajo y educación</i>
4		Enrique Lluch <i>Gestión fraterna de un centro educativo</i>	
5		María Vicenta Mestre <i>La persona prosocial: procesos psicológicos y prop. educativas</i>	
6			Javier Aguirregabiria <i>Quien trabaja por la paz puede sentirse feliz: es hijo de Dios</i>
7	Joaquín García <i>Escuela solidaria. Espacio popular</i>		
8		Luis A. Aranguren <i>Una escuela abierta al barrio</i>	
9			Grupo Entorno <i>En torno a la educación socioambiental: ecología, desarrollo y solidaridad</i>
10	Jordi Giró i Paris <i>El proyecto humanista del cristianismo</i>		
11		R. García / J. A. Traver / I. Candela <i>Aprendizaje cooperativo</i>	
12			Enric Canet <i>Pobreza y exclusión social</i>
13	Antonio Botana <i>La escuela como proyecto evangélico</i>		
14	Francesc Torralba <i>Pedagogía de la vulnerabilidad</i>		
15			Juan Escámez / Ramón Gil <i>La educación para la ciudadanía</i>
16	Agustín D. Moratalla <i>Educar para una ciudadanía responsable</i>		
17		Javier A. Arroyo <i>Acción responsable</i>	
18			Pedro Sáez <i>Educar en una escuela intercultural</i>
19	María Nieves Tapia <i>Aprendizaje y servicio solidario</i>		
20		Félix García Moriyón <i>Familia y Escuela</i>	
21			Kosé M. Domínguez Prieto <i>Razones para el compromiso</i>

DESAFÍOS DEL MUNDO DE HOY

– Cuaderno 21 –

Razones para el compromiso

Xosé M. Domínguez Prieto

 COLECCIÓN
acción social

Razones para el compromiso
Xosé M. Domínguez Prieto

© Xosé M. Domínguez Prieto

© Editorial CCS

© Publicaciones ICCE
(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)
Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid
www.icceciberaula.es

Primera edición 2012
Segunda edición 2019

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SUMARIO

Razones para el compromiso	7
A. Vivir es comprometerse: razones éticas para el compromiso	9
1. El rostro del otro: análisis de la situación	9
1.1. La globalización de la injusticia	9
1.2. ¿Qué es lo que se ha globalizado?	12
1.3. Conclusión: neurotización de la vida cotidiana	18
2. Falsas respuestas desde el norte	19
2.1. No se puede hacer nada. De la misión a la dimisión	19
2.2. Falsas respuestas: los pseudocompromisos	21
3. ¡Manos a la obra!	23
3.1. Comprometerme donde estoy. Acción local para transformación global	23
3.2. Actuar con otros	24
3.3. Cuatro niveles de presencia comprometida	25
4. Compromiso profético y utópico	27
4.1. Actuamos por lo que somos	27
4.2. La acción debe nacer de la sobreabundancia de silencio	28
4.3. La acción no está orientada al éxito sino al testimonio	28
4.4. Primacía de lo personal	29
4.5. Voz profética. Voz utópica	29
4.6. Voz política: el compromiso por una sociedad libre y justa	30
4.7. Conclusión	32

B. Comprometerse es vivir: razones antropológicas para el compromiso	33
1. Persona y compromiso	33
1.1. La persona como constelación de capacidades y dones. Vivir es comprometerse con la realización de esos dones	33
1.2. La persona llamada a la plenitud. Solo hay plenitud en el compromiso	37
1.3. La persona vive desde un sentido existencial. Sentido y compromiso	39
1.4. Apertura al otro. Compromiso y comunidad	41
1.5. Comprometerse es ser libre	43
1.6. Madura quien se compromete	48
2. Comprometerse es comprometerse con otras personas	50
2.1. Compromiso como apoyo, posibilitación e impulso a las personas	51
2.2. Compromiso como recuperación del ámbito de lo personal	52
2.3. Un compromiso al servicio de la vocación del otro	53
2.4. Un compromiso que promueve el encuentro	53
2.5. Los compromisos fecundos se viven comunitariamente	55
2.6. El compromiso hace crecer a quien se compromete	55
3. Conclusión: vivir es desvivirse por otros	56
Bibliografía	59

RAZONES PARA EL COMPROMISO

Vivir es comprometerse porque ya estamos todos comprometidos. Lo que sucede a nuestro alrededor, lo que pasa en nuestra escuela, en nuestra familia, en nuestro país, en nuestros amigos, en nuestra sociedad, en nuestro mundo, no es simplemente algo que «sucede» o algo que «pasa». Es algo que nos sucede y algo que nos pasa. No son meros sucesos: son acontecimientos que nos llaman a responder. Por eso estamos ya comprometidos con ellos. Otra cosa es que queramos dar una respuesta a la llamada de lo que nos pasa, o prefiramos pasar de largo y acomodarnos más en nuestro sillón. Vivir es ser interpelado. Solo necesitamos abrirnos a escuchar y atrevernos a responder. Pero también podemos encerrarnos en nuestra propia armadura: en nuestras comodidades, en nuestros personajes, en nuestras excusas.

Así, al habitante del norte del planeta, bien instalado y bien alimentado, al encontrarse de bruces con la pobreza de los países del sur (como pueden ser Paraguay, o Perú, o Bolivia, o Uganda, o Eritrea... hay demasiado donde elegir), le cabe tomar dos actitudes: la primera, la más general, la de cerrar los ojos a la pobreza y a los pobres «porque siempre son desagradables») y dedicarse a hacer turismo de «alto standing», viviendo como reyes en las narices del indigente. La otra opción es dejarse descentrar, dejarse desinstalar, abrir los ojos, hacerse cargo de la situación y ponerse a trabajar para hacer algo.

Y del mismo modo se reacciona ante todo lo que nos pasa en todos los ámbitos donde vivimos: podemos inhibirnos, hacer como si esa situación de mi hijo, de mi alumno, de quien me cuenta su problema, de quien me requiere laboralmente, del pobre, no fuese conmigo. O puedo abrirme al acontecimiento de eso que me sucede, para dar una respuesta en función de lo que soy capaz, tomando al otro sobre mí, desinstalándome y dándome a él en función de lo que soy,

Por tanto, la cuestión no es si comprometerse o no, porque todos estamos ya inmersos en situaciones que nos llaman, que nos llaman. La cuestión es si responder o no a esas llamadas, si ser o no ser responsable allí donde tengo que responder.

Pero suele ser habitual, por parte de los que tienen una mentalidad más pragmática (es decir, para aquellos que vale y sirve lo que supone éxito, beneficios inmediatos, habitualmente medidos en euros) que digan que eso de comprometerse gratuitamente es «hacer el primo». Incluso no son pocos los que en su juventud se comprometieron en algún voluntariado, fueron capaces de dar algo de su tiempo y esfuerzo, pero cuando las exigencias de la fiera competitividad académica, las demandas de la empresa o los requerimientos del «merecido descanso» y «sagrado tiempo de ocio» se impusieron, dieron un carpetazo a sus compromisos diciendo que eso fue una etapa y que era romanticismo de su primera juventud, y que está ya quemado y que ahora que trabajen otros. Y que con cumplir el horario, ya está bien.

Pues bien: las líneas que siguen están dedicadas a justificar dos experiencias. La primera, que la respuesta adecuada a lo que nos sucede y a lo que nos llama es la respuesta comprometida. La segunda, la experiencia de cómo esta respuesta no solo no empobrece a la persona, no solo «no supone hacer el primo», sino que es el camino más adecuado para el crecimiento de toda persona. Se trata, por tanto, de mostrar cómo comprometerse es necesaria respuesta a lo que nos rodea y necesaria respuesta a lo que uno mismo es. Por tanto, lo que queremos mostrar es que el compromiso es una exigencia ética y un universal antropológico. Dicho rápidamente: vivir es comprometerse y comprometerse es vivir. Y estoy persuadido, es mi propia experiencia personal la que habla ahora, que esta propuesta de vida es la propuesta del tipo de vida más pleno y más gozoso y alegre que se pueda experimentar (lo cual no significa que no sea sin cansancios, incomprensiones y dolores).

A. VIVIR ES COMPROMETERSE: RAZONES ÉTICAS PARA EL COMPROMISO

1. EL ROSTRO DEL OTRO: ANÁLISIS DE LA SITUACIÓN

1.1. La globalización de la injusticia

Las líneas que siguen no ignoran que en el mundo hay mucho bueno. Incluso más bondad que maldad. Pero este reconocimiento no debe impedir la clara visión de la injusticia del mundo, una injusticia globalizada, ante cuya contemplación debemos despertar y comprometernos. Hay que despertar, sobre todo en el norte, de la falsa creencia de que «las cosas van bien» porque nos van bien a nosotros. Ya lo decía el refrán turco: «Cree quien tiene zapatos que todos van calzados». Y justamente son los bonachones —bien instalados—, los roussonianos que creen que todo está bien, los primeros que tienen que despertar y ver. Son los que tienen que despertar de la creencia ciega en las bondades de la llamada «globalización». La globalización, a la vista de cómo están las cosas en nuestro mundo, parece más bien un término ideologizado: muestra la visión que de sí mismo tiene el norte, un norte hiperconectado pero cerrado en sí, un Norte satisfecho de sí que no se quiere aguar la fiesta descubriendo que su globalización, que en realidad solo disfruta un 15 por ciento de la población mundial, lo que ha producido ha sido una globalización de la pobreza y la desigualdad. Y es esta auténtica globalización la que nos compromete y ante la que tenemos que responder.

1.1.1. *La sima Norte-Sur*

Aunque mediáticamente sea muy rentable dar prioridad al terrorismo internacional, en realidad, en el Norte la principal preocupación es la lucha por la hegemonía económica entre los Estados Unidos de Europa y los Estados Unidos

de Norteamérica. Y, desde esta perspectiva, a lo que sucede en el Sur se le denominan «efectos colaterales», o «fallos de mercado». El norte tapa sus egoísmos con sus mentiras. Y así sigue alabando, en la misma línea de A. Smith, la economía de mercado, el «dejar hacer, dejar pasar», donde al final todos ganan, lo cual, como en seguida veremos, es un grave atentado contra la verdad. Pero esta liberalización de la economía no deviene en liberación personal. Le llaman liberalización a zorra libre en gallinero, a gran piraña en pecera pequeña llena de peces indefensos. Pero la única liberalización real sería aquella precedida por una liberación de todos, empezando por la liberación de las necesidades básicas, que construye los cauces para el ejercicio de la libertad. La liberación lo es de toda forma de opresión y dominación. Y no basta una liberación-de. Además, hace falta una liberación-para y liberación hacia la libertad para todos.

En realidad, la economía de mercado incumple sus propias leyes porque los apogetas de la libertad de mercado, neoliberales, solo la aplican al cada vez menor número de países ricos, donde no se vive nada tranquilo: se vive bajo la competitividad neurótica y el miedo a la inmigración. Y es que el capitalismo es un sistema de crea riqueza, pero no la distribuye. La solidaridad hay que procurarla ética y personalmente. Por eso, el mercado no es un bien absoluto. Y si se toma así, produce graves efectos que aplastan la persona. De hecho, los pobres son cada vez más y son más pobres.

1.1.2. Los pobres, cada vez son más y son más pobres

La verdad es que la cuarta parte de la humanidad vive ahora mucho peor que hace 15 años. No hablamos de cifras. Hablamos de 1.700 millones de personas como usted y como yo. Y, en lo referente a países, 89 han ido a menos y solo 15 a más (y a costa de los que han retrogradado). Si calculamos no solo las personas que tienen dificultades para comer, sino los que no tienen acceso a ropa, techo digno, educación o sanidad, llegamos a los 3.000 millones. Mientras ocurre esto, muchos padres y profesores del norte, siguen educando a sus hijos y alumnos para que «sean competitivos», para que, por encima de todo «consigan las mejores calificaciones» y les permita «entrar en la carrera de éxito y situarse bien en la vida», de modo que, en la práctica, se está alimentando el sistema de mercado que produce estas desigualdades, que se terminan por tomar como naturales, afirmando que «así son las cosas». Y así, se da por natural que un futbolista español gane más dinero en una temporada que todo el presupuesto de sanidad de Paraguay, o que las 358 personas más ricas tengan el 45 por ciento de la riqueza mundial, o que en Latinoamérica el 96 por ciento de la población

viva en situación de pobreza, mientras que el 4 por ciento son inmensamente ricos. En nuestras familias y escuelas, mientras preparamos a nuestros niños y jóvenes para mantenerse como sea y a costa de lo que sea en el lado de los «privilegiados», enseñamos que, aunque es algo «desagradable», es normal que un niño español consuma 500 veces más energía que un niño boliviano, o que en Inglaterra, los 27 millones de obesos gasten anualmente 100 millones de dólares para adelgazar, o que en América Latina, 5 de cada 6 muertes de niños se podrían técnicamente evitar, o que el 50 por ciento de las investigaciones mundiales sean para ejércitos.

Y mientras que nos llenamos la boca cantando las maravillas de la globalización, no queremos ver que el deterioro ambiental es responsabilidad directa o indirecta en un 75 por ciento del Norte, que son los que se declaran ecologistas, que come la mitad un ugandés que el perro de un español o un alemán, que el 50 por ciento de la población mundial vive en chabolas. Y en clase no se comenta que esa ropa o ese calzado que llevan los jóvenes, de esa famosa multinacional, está confeccionada por niños esclavos de Asia, y no se quiere decir a los niños, «para que no sufran», que en el mundo se incrementa masivamente la esclavitud infantil: se calcula que 200 millones de niños están en esta situación. Y se sabe que esto no es fruto de la pobreza, sino generante de pobreza, porque quitan el puesto a un adulto por mucho menos dinero. Es fruto de la falta de escrúpulo económico, de la falta de educación y solidaridad social. Trabajan más de 14 horas, sin poder divertirse, sin descanso, sin paga por enfermedad. Las multinacionales encantadas: más producción, menos coste.

Y en nuestras familias y escuelas, llenas de bienestar y de medios, no se dice que esta «maravillosa» economía de mercado, que se vive como dogma incontestable, permite que el 20 por ciento más pobre solo goce del 0,2 por ciento de prestamos internacionales y del 1 por ciento del comercio internacional (por vetos del Norte). Y no se quiere decir que los ricos quieren ayudar a los pobres, pero viven a costa de los pobres a los que empobrecen: por cada dólar que los países pobres reciben tienen que devolver cuatro por intereses.

1.1.3. ¿Globalización tecnológica?

Respecto de los bienes tecnológicos también se está en la acrítica creencia de que en el mundo todos disfrutan de ordenadores personales, de que todo el mundo está conectado a Internet y de que estas nuevas tecnologías están trayendo automáticamente el progreso y la felicidad al mundo. Pero lo cierto es que solo lo

disfrutaran unos pocos (solo el 5 por ciento de la población mundial tiene acceso a estas nuevas tecnologías, como el Internet) y en esos pocos, las nuevas tecnologías más parecen al servicio de la anestesia de las conciencias (a través de la promoción de la futbolatría, de la ludolatría, la mercadolatría, la «shop- pinglatría» y de otras ocupaciones visuales y acríticas) que de su promoción como personas.

1.1.4. Las nuevas contradicciones

Lo que es patente es que todas estas injusticias y desigualdades, tan evidentes a nivel mundial, ocurren también a pequeña escala en cada una de nuestras ciudades del norte. También en el norte hay sur: homeless, adictos, explotados, parados. Surgen así, en todas partes, nuevas y graves contradicciones que claman justicia:

- Nunca se ha tenido tanta riqueza, pero nunca tanta hambre.
- Nunca se han tenido tantos medios ni tantos profesores, pero nunca tanto analfabeto.
- Nunca han existido tantos economistas, pero nunca tanta desigualdad entre norte y sur.
- Nunca se tuvo tal sentido de la libertad y los derechos, pero han surgido nuevas formas de esclavitud psicológica, laboral y social.
- Nunca ha habido tanto progreso técnico y nunca tanto retroceso moral.
- Nunca se ha hablado tanto de la globalización y de aldea global, pero nunca tan pocos han disfrutado de todos los bienes y tantos han quedado sin nada.
- Ante esta situación, nos preguntamos: pero ¿qué es lo que se ha globalizado?

1.2. ¿Qué es lo que se ha globalizado?

Ante todo lo anterior, no podemos negar que, en efecto, se ha producido una globalización, pero del sistema económico neocapitalista y neoliberal, que se asume acríticamente en el norte no solo como sistema económico, sino como moral personal.

1.2.1. Globalización del sistema neoliberal capitalista

Lo que se ha globalizado, por tanto, ha sido la pobreza y la injusticia, y esto gracias a un sistema económico también «globalizado» en el que promociona:

- La primacía de la productividad sobre la persona. La economía ya no atiende a las necesidades de la persona, sino que la somete a sus propios objetivos: productividad, bajo coste, beneficio.
- *Primacía del dinero y del beneficio.* Y para ello rige la RACIONALIDAD instrumental, definida por Habermas como aquella que está movida solo por intereses de dominio y de búsqueda de éxito, centrada en los medios y desentendiéndose de los fines vale lo que lleva al éxito (pragmatismo). Para conseguir esto, el medio empleado es el criterio de maximización: máximo rendimiento con mínimo costo (sobre todo detraído de los sueldos de los trabajadores y de la calidad de los productos).
- *Libertad de mercado.* Pero solo para el norte. El Sur no puede exportar sus productos al norte.
- *El poder financiero es anónimo.* Las empresas las dirige el principal accionista, no el mejor profesional.

Este sistema, que en principio era el sistema que regía el mercado, ha sido, cada vez más, asumido como moral, como sistema de normas y valores que rige a las personas. El sistema de valores ha sido substituido por el sistema de precios y la persona se concibe a sí misma como pieza del engranaje del mercado, procurando ser competitiva (hasta la neurosis), consumidora (hasta la compulsión) y productora (hasta la ergomanía).

1.2.2. Globalización antropológica y ética

Pero no entenderíamos el quid de la globalización económico-tecnológica, sin tener una somera idea de lo que, junto con el modelo capitalista de mercado, se está globalizando: un nuevo modelo antropológico, sustentado sobre las siguientes coordenadas:

a) Ausencia de cosmovisiones últimas

Han sido los propios pensadores posmodernos los que han señalado el hecho relevante de que una de las características más destacadas de la cultura posmoderna

en la que vivimos es la ausencia de cosmovisiones últimas, de sistemas de creencias que expliquen la realidad y orienten la acción (lo cual parece, en efecto, muy generalizado excepto en grupos y comunidades en los que se cultiva la conciencia crítica y se proponen praxis transformadoras). En efecto, salvo que de un modo explícito en la familia, en la escuela o en el grupo de pertenencia se haga una propuesta clara de valores y sentido existencial, parece ser general la carencia de ideologías, de cosmovisión religiosa, de sistema moral trascendente en el que realmente se crea (es decir, que oriente toda la acción de la persona, que afecte a todas sus dimensiones). Se produce lo que llamaba Weber un «desencantamiento» de lo real. En esta situación, lo que falta es el asidero de unas creencias trascendentes que marquen un horizonte global para la vida. Y justo esto es lo que hace que se carezca de capacidad crítica ante las propuestas y reclamos del ambiente (que son, como vimos, los de la moral economicista y los del pragmatismo). El resultado de esto es:

- Relativismo: todo vale, todo es posible, todo es cambiabile, todo es relativo, todo se acepta acríticamente. Nada hay objetivamente bueno o malo. No hay verdades últimas: solo lo que me interesa o gusta. Al final será la conveniencia del más fuerte (comercialmente, políticamente, industrialmente, afectivamente) lo que imponga sus criterios. Así, es patente cómo en la primera página de las páginas web más importantes, las cuestiones más graves aparecen junto a las más frívolas.
 - Escepticismo: salvo en aquello que sea rentable económicamente, en aquello que da dinero, ya no se cree mucho en nada.
 - Secularización: si Dios existe, no importa. El hombre vive al margen de lo religioso. La mayor parte de los que se tienen por creyentes han reducido su religiosidad a mero ritualismo. Esto deshumaniza y esteriliza al creyente, que termina siendo una caricatura de sí mismo.
 - Heteronomía moral creyendo la persona ser autónoma. Nunca la persona se ha creído tan autónoma, tan dueña de su vida, y pocas veces ha estado tan sometida, gracias a estudiadísimas técnicas desde los mass media, a lo que otros quieren que haga, piense o diga. Se detecta, sobre todo en los varones, una reciente inmadurez afectiva, que se traduce en heteronomía y en poder ser manipulado. La persona heterónoma e inmadura es aquella que se deja conducir o guiar en su actuación y decisiones, sin someterlas a su propio juicio o discernimiento
- a) Por sus impulsos, por su capricho, por sus sentimientos o ideas preconcebidas.

- b) Por las normas y valores recibidos por la autoridad de otros (amigos, medios de comunicación).
- c) Por la tradición cultural a la que se pertenece sin someterlas a la crítica personal.
- d) Por la mentalidad dominante en la sociedad (que impone unos gustos, actividades, trabajos, valores).

b) Pero esta falta de ideas y creencias totalizantes no supone ausencia total de algún tipo de creencias

Se abre paso a la credulidad espiritualista. Surge todo un universo de ofertas parareligiosas, creencias, ritos y experiencias a gusto del consumidor que ni comprometen ni liberan ni transforman, pero sirven para «sentirse bien con uno mismo». En este enorme panteón todo es subjetivo, sentimental e intercambiable. Todos están arrodillados ante algún nuevo dios: el propio cuerpo, el bienestar, la tranquilidad, el equipo campeón de liga, la propia cuenta bancaria o el éxito profesional.

c) De todas formas, la gran creencia, el gran pensamiento único y unificante, que implica un nuevo sistema de creencias y valores es el neoliberalismo capitalista

Con este sistema economicista y neocapitalista, lo que es medio para la persona (la economía), se transforma en fin en sí, pasando la persona de ser un fin en sí a ser medio. Con este sistema no estamos solo ante lo que se ha llamado un «pensamiento único». Encontramos también la aparición de una nueva moral única. ¿Cuáles son las características del nuevo ethos?

- *Individualismo*: los otros o son ayuda para mi realización o son obstáculos. Yo, ante todo, tengo que realizarme (postura recogida por los existencialistas y por Maslow). El infierno es el otro si no coadyuva a este fin. Ya no hay, por tanto, ideales comunes.
- *Consumo como modo de vida*: se impone «estar a la última», tarea imposible. Se consume, más allá de lo necesario, lo superfluo, con una actitud acríticamente hedonista. Se justifica todo consumo de lo superfluo y se racionaliza: «No es mi problema la pobreza de los demás. Yo no soy el causante»; «consumo porque me lo puedo permitir, para eso lo he ganado». De

este modo, la persona termina siendo sumisa a los intereses del mercado y no pocas veces consumida por lo que consume y poseída por lo que posee (hay muchos nichos que contienen en su seno al «propietario» de los mismos: ¿quién posee a quién?).

- *Pragmatismo*: bueno es lo que reporta éxito (medido en euros o en dólares). Con tal de que dé algo de dinero, es aceptable. Se da primacía así a lo exitoso sobre la familia, sobre el cuidado del cuerpo, el tiempo libre o la formación.
- *Importa más la pequeña preocupación lúdica que las grandes tragedias ajenas*: importa más la nueva subida de los carburantes que el hambre en el mundo, importa más decidir dónde pasaremos las vacaciones que las dificultades de los inmigrantes, con qué combino mi chaqueta azul que el incremento de los sin-techo. Importa más la liga de fútbol y los avatares de mi equipo que la pobreza de mis vecinos... Importa lo inmediato con olvido del prójimo.
- *Sentimentalismo como reacción* ante el mal: nos sentimos mal cuando vemos las efímeras imágenes del hambre en Eritrea o en Uganda o en Argentina, pero nos recuperamos enseguida en cuanto llegan las noticias «realmente importantes»: las del fútbol y las del tiempo. Se actúa para sentirse bien y se hacen las cosas porque se sienten. Por eso, la acción resultante dura lo que dura el sentimiento: solo un momento. Y sucede como le ocurrió a aquella persona que dijo a un amigo: He visto los horrores de la hambruna en África. Es algo terrible. Es algo indignante por su crueldad. ¡Y en pleno siglo xxi! Comprendí en seguida que yo, como europeo, tenía que hacer algo. Así que cambió de canal.
- *Hedonismo* como forma de vida: búsqueda del placer inmediato, de la gratificación actual con olvido de la dimensión proyectiva. Lo importante, dicen, es «pasarlo bien». Por eso, dicen muchos padres, hay que dejar a los jóvenes que se diviertan continuamente, «que para eso son jóvenes».
- *Se buscan seguridades*: seguridad vial, ahorros seguros, seguros de vida (que lo único seguro es que se cobran cuando uno muere), puertas blindadas, guardias de seguridad, seguridad frente a los inmigrantes, sexo seguro. Se abandona todo providencialismo.
- *Pasivismo social y político*: se deja toda decisión, actuación y reflexión a los «expertos» (políticos, economistas, empresarios). El tipo de ciudadanos que promueve es el de individuos dóciles, sin criterio propio, que se conformen

con depositar su voto cada cuatro años y no pretendan realizar otra actividad política. La persona queda reducida a votante, consumidor, contribuyente y cliente. Interesan individuos socio-políticamente pasivos. De este modo, crece la convicción paternalista de que el Estado debe ocuparse de todo.

1.2.3. Un nuevo tipo humano: el individuo

Una y otra vez contemplamos, quizá impresionados, siempre con tristeza, la desgracia ajena en diarios y televisión: inundaciones, terremotos, inmigrantes desaharrapados, éxodos masivos por culpa de una guerra. En cuanto vemos estas imágenes, y antes de que las noticias de fútbol o del tiempo borren su impresión, surge con fuerza un sentimiento de compasión. Pero, evidentemente, nuestro sentimentalismo no arregla su situación. Sin embargo, muchos no se dan por aludidos, no perciben que deban hacer algo más allá del mero sentimiento como reacción personal ante ese dolor. Prefieren creer, ¡cómoda creencia!, que es el Estado quien debe ocuparse de esos problemas. Y también buscan un culpable que suele ser Dios (en el que creen solo para echarle las culpas de los efectos de su pasividad y de la de otros muchos como él). Alguno, más concienciado, llega incluso a dar una pequeña limosna en única entrega. Pero su sentimentalismo no da para más.

Así las cosas, no falta quien, para defenderse, para justificar su flojera o su dimisión ante cualquier compromiso o responsabilidad, termina por decir que las cosas son así, que qué le vamos a hacer, que no tienen remedio y que porque cambie uno no va a cambiar nada. Y de este modo, con este educado escepticismo, con este fatalismo tan posmoderno, lo que están haciendo es justificar su dimisión como personas, su cómodo aburguesamiento. De este modo tan vergonzante se justifica el de corazón cobarde, el de manos flojas, el que no se atreve a llegar a ser quien está llamado a ser. Así razona, por mortecina comodidad y por adorarse a sí mismo sobre todas las cosas, quien prefiere no mirar el rostro que sufre desgracia y, si me apuran, tampoco el agraciado. Es ciego respecto del rostro del otro, de su presencia. Las únicas gracias y desgracias son las suyas. Y esto sí es una desgracia. Porque, al cabo, no solo no cambia el mundo, sino que él mismo lleva una existencia impersonal, estéril, anónima, sin vocación, sin horizonte. Lleva una vida de mero individuo.

El individuo es la contrafigura de la persona. Llama Mounier individuo «a la dispersión de la persona en la superficie de su vida y a la complacencia de perderse en ella» (Mounier, Emmanuel: *Revolución personalista y comunitaria*. Sígueme,

Salamanca 1992. p. 210). El individuo es dispersión, disolución de la persona en la acción, pérdida en lo múltiple e impersonal. Hombre anónimo, sin vocación, sin sentido, sin horizonte, sin familia, sin vínculos personales. «Un hombre abstracto, sin ataduras ni comunidades naturales, dios soberano en el corazón de una libertad sin dirección ni medida, que desde el primer momento vuelve hacia los otros la desconfianza, el cálculo y la reivindicación; (ibid., p. 474). Se repliega sobre sí, narcisista, y vive y muere como el protagonista de aquella historia:

Agonizaba un comerciante. Toda su familia estaba reunida en torno a su cama. Su visión en aquellos instantes era ya muy deficiente, por lo que preguntó:

- ¿Dónde está Pablo?
- Aquí, a tu lado -contestó su esposa.
- ¿Dónde están Lucía y Teresa?
- También aquí.
- ¿Y mi pequeño Mateo?
- Es quien te está frotando los pies -replicó una vez más su esposa.

Entonces, ¿quién atiende la tienda? -dijo enfadado el moribundo mientras exhalaba su último suspiro.

Y es que la actitud básica del individuo es la de poseer, y por tanto, la de reivindicar y acaparar. Solo en las cosas pone su seguridad. El individuo se pierde en sus roles, en los personajes que representa. Pero, sobre todo, el individuo, separado de todos y todo, opta por la disolución en la soledad. Por eso, termina por encerrarse en su cuarto y chatear o ver la «tele».

1.3. Conclusión: neurotización de la vida cotidiana

El resultado de todo ello, en el norte, es una neurotización de la vida cotidiana. Neurotización porque se pone la vida al servicio de un voraz imperativo categórico: hay que ser competitivos, tener un excelente currículum por encima de todo, ser agresivo, formado en idiomas y en informática. Pocos en la escuela y en la Universidad se atreven a poner otros valores por encima de estos: lo importante son las califica-

ciones, la buena nota media, los másters de prestigio y el acceso a carreras «con salida». Lo afectivo y lo moral quedan completamente yermos y sin desarrollar.

Resultado: inmadurez personal, persona especializada en lo intelectual y profesional, infantil en lo moral, incapaz para resolver los conflictos, inestable afectivamente. El «buen profesional» lo es tan bueno que se olvida de todo lo demás: de la familia, de la salud, de su vida interior. La personalidad queda reducida al personaje laboral. Por tanto, pérdida de horizontes de sentido. Y, como demostró Viktor E. Frankl, las consecuencias constatables del vacío existencial son unas actitudinales y otras psicopatológicas.

Entre las primeras destacan el hedonismo compulsivo, el conformismo y el totalitarismo. La búsqueda compulsiva de placer es resultado de la insatisfacción existencial. Pero también es hacer lo que hacen todos como lo único que se puede hacer (conformismo) o hacer lo que hacen los demás, dejándose guiar ciegamente la persona por las directrices de la mentalidad dominante (totalitarismo). Y este deseo radical de placer y huida sistemáticamente de todo lo que produzca dolor (o cansancio, o esfuerzo), este hedonismo, unidos al sentimentalismo y al pragmatismo, producen una especial debilidad volitivo-afectiva que hace a la persona incapaz del compromiso. En efecto, estas actitudes ante la vida crean unos hábitos que incapacitan a las personas para enfrentarse a las dificultades graves de la vida: la culpa (en cuanto se siente, se ponen todos los medios, incluso terapéuticos, para evitarla, porque no se tolera), la enfermedad, el paro, el sufrimiento y cualquier forma de compromiso o responsabilidad.

Otras consecuencias son las que denomina Frankl la «tríada neurótica»: adicciones, depresiones, agresividad. Son todas ellas formas de huida, de esconderse de sí mismo, de dimitir de sí mismo. Nuestros terapeutas, orientadores y psiquiatras pueden dar fe de ello (lo que, por cierto, dadas las circunstancias, convierte a estas profesiones en profesiones con éxito y con «muchas salidas»: que tomen nota los pragmáticos).

2. FALSAS RESPUESTAS DESDE EL NORTE

2.1. No se puede hacer nada. De la misión a la dimisión

En el norte, muchos comen en exceso, luego se echan la siesta y luego pierden la memoria. El norte parece haberse quedado sin memoria, sin voluntad

de aventura y sin sentido moral. Muchos de los que estaban comprometidos en otros tiempos son ahora militantes del escepticismo, anatematizando a quien formula una leve esperanza de modificación del orden vigente, a quien se atreve a dar un paso al frente por un mundo mejor o a quien se ilusiona con algún proyecto generoso o solidario. A estos, solo les queda clausurarse en su vida, comprarse un vídeo, enchufarse a las televisiones privadas y hacer turismo gastronómico. Son los que, con impudicia, buscando excusarse, dicen eso de «¿qué persona inteligente no ha sido a los veinte años anarquista y luchadora por la justicia?» y, añaden ahora, creyéndose mayores y listos, «solo los imbéciles no cambian». De modo que, al final escéptico y crítico con todos, con su hisopocrocía cuanto hay a su alcance con un «todos son iguales». Pero con sus negaciones, abstenciones y excomuniones, nunca cambian nada.

Daño especial hacen estos argumentos en la escuela y en la familia, cuando el adulto que «ya está de vuelta» los inocular en los jóvenes y niños que «aún no han ido». Porque no solo no hacen la propuesta de un mundo con sentido, de unos valores constructivos que sirvan como horizonte a esos jóvenes (que es la tarea más sagrada del educador), sino que minan y destruyen todo posible horizonte y, con él, todo posible compromiso. Esta es una enorme apostasía en la labor docente.

Y, en general, cuando la apostasía no es más que desencanto, se produce una cierta pérdida de masa ética, una abdicación de la identidad, de deberes, de lo esencial. Se produce, entonces, un clima de permisividad, de búsqueda del bienestar como bien supremo, que da pie a desentenderse de todos y de todo, en especial de lo que incomoda y supone esfuerzo.

En fin: el argumento que esgrime la persona aburguesada e instalada del norte se puede resumir en lo siguiente:

- a) Esto es lo que hay.
- b) En consecuencia, esto es lo que debe haber.
- c) No se puede hacer nada en contra.
- d) No cabe esperar nada diferente.
- e) Luego, lo que hay que hacer es acomodarse y seguir la corriente.

Sin embargo, solo van con la corriente los peces muertos. Por ello, nosotros no queremos esperar. Sabemos que la abstención es ilusoria y que no actuar es ha-

cer la política de la mentalidad dominante. Por ello, queremos ver en lo que nos sucede algo que nos sucede y, por ello, queremos entender, afrontar, proponer y actuar. Si no, nos sucedería lo que al joven ingeniero agrónomo que compró unas hectáreas de tierra para trabajarlas y le pregunta a D. Laureano, un criollo que siempre ha vivido allí, si en aquella tierra, en su opinión, se puede dar el algodón, a lo que D. Laureano, escéptico, le contesta: «No lo creo, patroncito, aquí nunca se ha dado el algodón». Intrigado, le pregunta el ingeniero novel si, entonces, se podría dar allí el maíz, a lo cual D. Laureano, contundente, contesta: «No lo creo, patroncito, aquí nunca se ha dado el maíz. Mire: Por lo que yo sé este campo puede dar un poco de pasto, algo de leña y poco más». Por último, extrañado, el ingeniero le pregunta sobre la soja, a lo cual también responde el criollo: «No, patroncito, aquí nunca se ha dado la soja. Ya le digo: quizá algo de pasto, algo de leña, pero nunca soja». Entonces, el ingeniero, decidido, le dice: «Bien, D. Laureano, le agradezco todo lo que me dice pero de todas formas voy a probar echando las semillas de soja en el campito a ver qué pasa», a lo cual, Laureano, sorprendido, le contesta: «¡Ah patroncito! Si siembra, entonces es ya es otra cosa».

De esta manera, frente al sentirse enviado a comprometerse, que es lo que significa etimológicamente misión, en el norte instalado y bienestante se prefiere la cómoda y estética dimisión, ver el toro desde la barrera y ponerse más allá del bien y del mal.

De todas formas, esta no es la única respuesta: algunos ven que algo hay que hacer y quieren contribuir. Pero, o bien porque su capacidad de compromiso está dañada, o porque no tienen claras las razones para su compromiso, o bien porque no entienden bien cómo comprometerse, o bien porque se les ofrece «gato por liebre», mínimos en vez de máximos (lo cual, por ejemplo, es tristemente común en algunos centros de enseñanza, en algunas ONG y en algunos movimientos y grupos religiosos), son muchos los que alguna vez asumen algún compromiso, en forma de voluntariado o de acción puntual, que a lo más que llega es a ser «parches» del sistema. Son los falsos compromisos, los falsos voluntariados, acciones que pueden servir para acallar conciencias, pero no para transformar la realidad.

2.2. Falsas respuestas: los pseudocompromisos

2.2.1. Compromiso meramente intelectual

Propio de quien, con mucho ardor juvenil, está convencido de que todos los que le precedieron en el intento de cambio «revolucionario» fueron unos inútiles

porque no supieron ganar la batalla social y él se siente, mesiánicamente, el elegido para hacer lo que otros «inútiles» no fueron capaces de hacer. Tras mucho perorar y pontificar sobre cómo se deberían hacer las cosas, y sin salir nunca del ámbito de lo teórico, es incapaz de asumir nunca la más pequeña acción.

2.2.2. Compromiso mutante

Una vez sentadas las sólidas bases de la butaca profesional en la que se instala y de la cuenta corriente que con mimo alimenta, no solo no añora su tiempo de voluntariado, sino que agrede o desprecia a aquellos con los que antes iba en el camino del compromiso. Del compromiso de sus «primeros tiempos» pasa al más pragmático «nada de utopías juveniles, mucho racionalismo crítico, salud y buenos alimentos».

2.2.3. Compromiso selectivo

Se da por horas. Un par de horitas semanales para tranquilizar la conciencia que no afecten en absoluto a las abrumadoras horas dedicadas al trabajo o al ocio. Mientras no cueste dinero ni mucho tiempo, se echa una mano. ¡Y que se lo agradezcan!

2.2.4. Compromiso light

Propias de quien nunca quiere responsabilidades, de quien nunca asume una acción como propia, sino que va apareciendo y desapareciendo en función de otras novedades en su vida. Al menor reproche o exigencia de responsabilidad, airado, dará el portazo.

2.2.5. Compromiso de relleno

Se da en aquellos que no participan en ninguna acción, no se forman, no colaboran activamente, pero aparece en todas las reuniones y gracias a él podrá tener lugar la conferencia o la manifestación, pues llega de vez en cuando a dejarse ver.

2.2.6. Compromiso de catecumenado

Propio de quien piensa que lo suyo es, ante todo, la formación. Asiste a toda suerte de cursos, cursillos, congresos o congresillos, pero de ahí no sale: no pasa a la acción porque todavía «no se siente bien formado».

2.2.7. *Compromiso sentimental*

Propia de aquel que se compromete en la medida en que lo sienten, pero cuando deja de «sentir», se retira. O también propia de quien se compromete no por lo valioso de lo que va a hacer, sino por afecto a quien le invita. Si no supera ese nivel, en cuanto tenga el más leve desencanto afectivo con ese o esos con los que trabajaba codo a codo, se marchará «desencantado y asqueado».

3. ¡MANOS A LA OBRA!

3.1. **Comprometerme donde estoy. Acción local para transformación global**

Después de años de severa pobreza, que no habían logrado sin embargo poner en crisis su confianza en Dios, Eisik, hijo de Jekel, el propietario de una fonda en Cracovia, tuvo un sueño en que se le ordenaba buscar un tesoro bajo el puente de Praga que conducía al palacio real. Tras repetírsele el sueño por tercera vez, Eisik se puso en pie y se encaminó a Praga. Pero día y noche se hallaban apostados en el puente destacamentos de vigilancia, por lo que no se atrevía a cavar. Sin embargo, cada mañana llegaba hasta el puente y daba vueltas en torno a él hasta la noche. Finalmente, el capitán de la guardia, que se había percatado de su ir y venir, le preguntó amablemente si buscaba algo allí, o si esperaba a alguien. Eisik le contó entonces el sueño que desde su lejana tierra le había traído hasta allí. El capitán rompió a reír: «¡Y tú, pobre muchacho, para satisfacer un sueño has venido en peregrinación hasta aquí con las suelas de tus zapatos hechas trizas! ¡Desde luego, quien se fíe de los sueños...! Pues también yo mismo hubiera debido ponerme en marcha cuando cierto sueño me ordenó una vez emigrar a Cracovia para cavar bajo la estufa de la fonda de un judío, Eisik hijo de Jekel me parece que se llamaba, en busca de un tesoro. ¡Eisik hijo de jekel! ¡No quiero ni imaginarme qué hubiera hecho yo allí, cavando en todas las casas donde la mitad de los judíos se llama Eisik y la otra mitad Jekel!». Y volvió a reír. Eisik hizo una reverencia, regresó a casa, desenterró el tesoro y edificó la casa de oración que se llama Escuela Reb Eisik, hijo de Reb Jekel.

Y es que el tesoro que tenemos que encontrar y el lugar donde debemos comprometernos no se puede hallar en ninguna parte del mundo salvo allí donde vivimos. Suele ser un espejismo pensar que hay que ir muy lejos o hacer cosas extraordinarias para trabajar por un mundo mejor y para encontrar el sentido

de la vida. Es allí donde estamos donde tenemos que actuar y donde encontraremos el sentido profundo para nuestra vida y nuestra actividad. La verdad es que el tesoro de lo valioso lo tenemos siempre muy cerca: el lugar donde a cada uno le ha tocado en suerte vivir. Allí es donde hay que empezar a comprometerse. Primero en la propia familia, en la propia escuela, en el propio trabajo, en el matrimonio, con los amigos. Y, en segundo lugar, en las acciones que pueda hacer en mi barrio o en mi escuela o en mi ciudad... Nunca hay que empezar a ir lejos. Incluso, los que en esto del compromiso terminan lejos, siempre han empezado por ir cerca. Solo los pequeños gestos devienen en grandes gestas.

3.2. Actuar con otros

El camino del compromiso siempre se recorre con otros. Nunca un francotirador ganó una batalla. La libertad y la liberación que buscamos solo se consigue mediante la cooperación. Frente a los animales, que sobreviven gracias a la lucha y competitividad, en la humanidad siempre la cooperación ha sido el único medio de progreso. La lucha siempre es atávica, y trae el mal hasta a los vencedores.

Y el modo de actuar en el ámbito del compromiso es siempre solidario: compartir responsabilidad y autoridad, dando cada cuál según sus capacidades y ofreciendo a otros según sus necesidades. Se descubre así que hay más gozo en aportar que en detraer, en cuidar con esmero a los más débiles que en atenderse, sobre todo, a uno mismo.

Ante los problemas, no tenemos la solución en nuestras manos, pero tenemos nuestras manos para trabajar y para unir las a otros en la solución de los problemas. Hay, pues, que ponerse manos a la obra, creando mentalidad y con otros. Y, para esto, es bueno invitar, sugerir, proponer, porque a la gente cuando le pides poco, no da nada; cuando le pides mucho, puede darlo todo.

La verdad es que uno no sabe de lo que es capaz hasta que se pone a hacerlo, a ser fiel a sí. SI Moisés, cuando fue llamado a dejar su cómoda instalación, justo cuando estaba recién casado y con estabilidad económica, para ir a Egipto a liberar al pueblo de Israel, se hubiese hecho fuerte en sus razones y excusas (que, por cierto, al principio las dio en abundancia) no habría llegado a ser el gran patriarca del pueblo judío tras conducir su liberación y, sobre todo, nunca habría llegado a ser realmente él.

Y no hay que esperar a ser el mejor o a ser bueno o a estar plenamente formados: hay que echarse a andar. Hay que abrirse al sufrimiento de los demás, a sus ne-

cesidades y alegrías. Esta es la única respuesta ética ante su llamada. Hay que sembrar y no echar cuentas, sembrar y no esperar la cosecha. Lo importante es trabajar surco a surco y no preguntarse cuántos nos acompañan, ni esperar a que se unan muchos a nuestro esfuerzo, porque entonces nunca nos pondríamos en marcha. La cuestión es no dejar para otros lo que pueda hacer uno hoy.

Hay que ponerse manos a la obra sin echar cálculos de cuánto habrá que trabajar, porque el cálculo nos esterilizaría y nos desanimaría. A cada día le basta su afán. Cada uno trabajará, con alegría, hasta donde pueda, estando tan ocupado en su trabajo durante el día y tan cansado por la noche que nunca tenga tiempo para desanimarse.

3.3. Cuatro niveles de presencia comprometida

Todo proceso personalizador, todo proceso educativo y todo compromiso con las personas, si quiere transformar y ser eficaz, ha de realizarse en cuatro niveles:

3.3.1. Nivel uno: desde el lugar del pobre

El rostro del pobre (que es todo aquel que con su presencia vocativa solicita mi presencia genitiva) es el que me desinstala y el que me espolea para asumir un compromiso. Con su presencia me conduce al reconocimiento de los valores éticos. Por ello, tanto el no querer ver al pobre (aporofobia) como no querer ver lo valioso (ceguera axiológica) son impedimentos para cualquier compromiso. Y, por el contrario, reconocer y sentir el sufrimiento y la necesidad del otro ante mí es llamada a descentrarme a favor suyo. Concretando esto en un ámbito como el docente, podríamos decir, en general, que el docente debe bajar de su Olimpo académico para hacerse cargo de la realidad (social, económica, cultural) en la que vive. Y esto se traduce, sobre todo, en ponerse en el punto de vista del alumno, en conocerle directamente, en hacerse cargo de sus circunstancias. Y no solo se coloca en su punto de vista, sino que lo toma sobre sí. La docencia no está, pues, orientada a rellenar currículo, sino a educar para la vida. Pero, para ello, hay que hacerlo desde la vida, no desde el departamento. Y esto significa descubrir el rostro de la viuda, del huérfano y del extranjero y ponerse a su servicio.

3.3.2. Nivel dos: analizar la realidad

Nadie puede transformar si antes no analiza y estudia la realidad. Habiéndose situado, como fundamento ético, desde el lugar del pobre, el segundo momento

de un compromiso personalizante es siempre analizar la realidad, profundizar en ella, estudiar. Una buena actuación no se improvisa. Hace falta formarse y formarse de modo permanente. Y, para ello, los instrumentos son bien conocidos: estudio, estudio, estudio, diálogo, lectura, asistencia a conferencias y cursos, pensar mucho y escribir para comunicar a otros lo que se ha pensado. Porque las ingenuidades no permiten una auténtica transformación. Porque de nada vale atender a un adicto si no conozco bien las estructuras psíquicas y personales dañadas, no podré hacer una buena labor educativa o terapéutica si no tengo una sólida antropología bien pensada y estudiada a la base de mis acciones, no lograré una auténtica liberación de las carencias materiales de algunas personas si me limito a transferir limosna para «tapar agujeros» y no estudio algo de economía para conocer dónde está la raíz de esa pobreza y trabajar en las causas y no solo en los efectos. No formarse en serio puede llegar a obstaculizar la acción más que arreglarla. Así le sucedió a aquella persona que, allí mando que había hecho un cursillo de fin de semana sobre primeros auxilios, se abrió paso entre la multitud que contemplaba horrorizada un tremendo accidente de coche. Al llegar junto al herido, ordenó retirarse a una joven que le estaba atendiendo para hacerlo ella, diciendo: «Échese a un lado, que tengo un cursillo de primeros auxilios». La joven, prudentemente, se retiró unos instantes. Luego le dijo al cursillista: «Cuando llegue el momento de ir a buscar ayuda médica, no se preocupe: ya estoy aquí».

Pero también, este conocimiento le debe llevar a la persona comprometida, al voluntario, al profesional vocacional, a revisar su propia vida. No sea que, por ejemplo, esté tratando de actuar en un barrio marginal, o con parados, efectos terribles de la actual economía de mercado, y por otro lado se dedique a llevar una vida de gastos superfluos, de consumo excesivo, de pasión por el tener, con lo cual alimenta con su vida aquello que combate con sus compromisos sociales. O no sea que esté tratando de invitar a mis hijos o a mis alumnos a vivir ciertos valores personalizantes y yo mismo no los encarno en virtudes, estando mi vida lejos de aquello que propongo, porque lo que realmente me importa es el bienestar, la liga de fútbol, construirme mi chalé o dónde disfrutaré las próximas vacaciones. En todo caso, a grandes males, grandes remedios. Y, para esto, habrá que estudiar para conocer la realidad y las posibles vías de acción eficaz. Y ello sin perder de vista que nuestra respuesta tendrá siempre un horizonte y un fundamento: la dignidad de la persona.

3.3.3. Nivel tres: presencia social

No basta saber, no basta contemplar el mundo: hace falta transformarlo. Y no hay transformación sin presencia pública. Cierto es que la primera presencia es la pre-

sencia en los ámbitos inmediatos y personales: la familia, el aula, el lugar de trabajo. Pero, además, se ha de aspirar a salir fuera del recinto amurallado de la cómoda y algodonada vida íntima para ser presencia en la sociedad. Unas veces será a través de la palabra escrita. Otras, oralmente. Otras, militando o comprometiéndose en una organización u otra. Será en el ámbito político, sindical, en el ámbito educativo, en lo social. Pero del saber, hay que pasar al hacer, porque si sabes y quieres y puedes y no haces nada, ¿de qué sirve lo que sabes y lo que quieres y lo que puedes?

3.3.4. Nivel cero: presencia mística

Toda acción ha de surgir de la sobreabundancia de silencio y reflexión. De lo contrario, la acción deviene en activismo. Es en el silencio donde la persona se encuentra y se recupera a sí misma. Y es también desde sí desde donde el creyente se abre a Dios, en quien encuentra la fuerza y el apoyo para llevar a cabo la tarea generosa y esforzada que supone todo compromiso.

4. COMPROMISO PROFÉTICO Y UTÓPICO

En nuestro compromiso no buscamos el éxito sino el testimonio. De esta manera no estaremos oprimidos por esa angustia y esa insana urgencia de conseguir éxito o desaparecer. Si buscamos el éxito como meta última, sería este el que condujera el carro de nuestra vida y viviríamos siempre buscando tácticas de corto alcance. No medimos el resultado por el número ni buscamos propagación rapidísima, sino orgánica y fecunda. No significa esto que rechacemos la eficacia. Lo que rechazamos es la búsqueda del éxito como meta primordial, de los medios ricos, los grandes lanzamientos, el mucho ruido publicitario y las pocas nueces militantes. Nosotros utilizaremos medios sencillos y pobres, donde cada uno se esfuerce y asuma su responsabilidad. Porque nosotros nos preocupamos por ser antes que hacer. Por ello, podremos seguir los siguientes fundamentos éticos que aseguran la autenticidad de nuestra actuación.

4.1. Actuamos por lo que somos

«Actuaremos por lo que somos tanto o más que por lo que haremos o diremos» (Mounier, Emmanuel: *Revolución personalista y comunitaria. Obras I, Sígueme, Salamanca, 1992, p. 184*). Por ello es necesario estar en continua actitud de revisión de quién somos, de cómo pensamos, de cuál es nuestro éthos, nuestras virtudes

y defectos. ¡Hay que aprender a ser persona!, lo que implica un trabajo continuo de perfeccionamiento. Y esto no es sino la forja del propio carácter. Al respecto, señala Carlos Díaz: «Tiene el ser humano tres vértices: el valor, que es la dimensión objetiva de la moralidad; el deber, que es la respuesta subjetiva a ese valor; y finalmente, si logro responder bien, obtengo la virtud. El resultado es un carácter moral. En efecto, el valor captado despierta en mí el sentimiento del deber; si ejerzo bien el deber, realizo una acción virtuosa. La virtud es un valor que se ha hecho vida en nosotros. La virtud es un hábito de excelencia o perfección. Siembra una acción y recogerás un hábito; siembra un hábito y recogerás un carácter; siembra un carácter y recogerás un destino (Díaz, Carlos: El libro de los valores personalistas y comunitarios. Instituto Emmanuel Mounier, Madrid, 2000, p. 95).

Por tanto, si quiero actuar mejor, si quiero ser más útil, más personalizante, debo ser más, debo mejorar yo mismo como persona, debo yo mismo tomar conciencia de mi participación en el desorden establecido para poder tener más autonomía personal. Quién más se posee a sí mismo, más puede darse.

4.2. La acción debe nacer de la sobreabundancia de silencio

El silencio es la única manera de estar siempre abiertos a la acción, sin que nos pese o hieran sus durezas. El comprometido, el voluntario o el militante no es hombre o mujer de tumulto, sino de silencio (lo cual es harto difícil de entender en nuestros días).

Solo una acción, incluida la palabra, que brota desde el silencio, puede después transformar, porque solo esa acción, solo esa palabra, son acción viva y vitalizante. Es en este sentido en el que el Evangelio muestra cómo actuaba Cristo: cada acción, cada predicación, estaba precedida de un tiempo de recogimiento, de oración, de silencio y soledad. Y es porque, si la acción no está precedida del silencio, la acción duraría lo que durase el impulso entusiasta, la impulsividad temperamental. Acabado este impulso primero, solo se puede continuar de modo voluntarista. El desencanto está asegurado. Solo desde el silencio es posible la acción.

4.3. La acción no está orientada al éxito sino al testimonio

«Nuestra acción no está esencialmente orientada al éxito, sino al testimonio. (...) Aunque estuviéramos seguros del fracaso, nos pondríamos en marcha de todas formas, porque el silencio se ha convertido en intolerable» (idem). Conocemos la fragilidad de nuestras fuerzas, pero también la grandeza de nuestro testimonio. Y esto no quiere decir que no queramos el éxito. Lo que quiere decir es que no lo busca-

mos con la angustia de quien quiere conseguirlo inmediatamente, utilizando medios eficaces de corto alcance. Las grandes obras necesitan tiempo para madurar.

No buscamos, por tanto, que triunfen unas ideas, sino despertar nosotros e invitar a otros a que despierten, para que comiencen a vivir como personas. En todo caso, el éxito es una añadidura.

4.4. Primacía de lo personal

En nuestra acción siempre daremos primacía a las personas sobre las estructuras. Y de la persona, por ser máximamente valiosa, por ser valiosa en sí (es decir, por tener dignidad), penden una determinada jerarquía de valores que orientarán nuestra acción. Por ello preferiremos: lo vital sobre lo útil, lo cultural sobre lo vital, el amor y la bondad sobre los anteriores. Se eligen estos valores para comprometerse con ellos. Y no son solo valores personales, sino comunitarios. Desarrollar lo personal significa también desarrollar lo comunitario. De esta manera, rechazaremos toda situación en la que se dé primacía a la ganancia, al beneficio o a la productividad sobre la persona. Rechazaremos toda situación en la que se anule a la persona o se anule a la familia a favor de la empresa, del partido o de determinado grupo o actividad. Por ello, también la educación estará orientada a la plenitud personal y no básicamente a conseguir una preparación «competitiva» para el mercado de trabajo o para conseguir las mejores calificaciones.

Y preferir lo personal sobre las estructuras no es posicionamiento teórico. Son necesarias las adhesiones, las fidelidades, los compromisos, es decir, un esfuerzo de presencia en el mundo y de responsabilidad en el mundo. La persona vale lo que valen sus compromisos.

4.5. Voz profética. Voz utópica

En vista de lo anterior está claro que el voluntario, quien se compromete, el militante, tiene mucho en común con el profeta, término que, más allá del sentido religioso, tiene un sentido laico aceptable por todos. Porque el profeta:

- Es persona de conciencia crítica y exigente. Denuncia la hipocresía y la dureza de corazón, invitando a la conversión.
- Pero no queda en la denuncia: anuncia una utopía, un horizonte de sentido.
- Acepta a veces a regañadientes la misión para la que se siente llamado y por la que se sabe excedido.

- Nunca habla en nombre propio o de un particularismo, sino a favor de lo universal y de lo personal.
- Muchas veces se sentirá solo y a veces, con gusto, dejaría su misión por una seguridad humana.
- Es capaz de apostar su vida por su convicción. Por eso convence.
- Le repudian todas las esclavitudes: las venidas de los demás, la de los poderosos, la de su infidelidad a la justicia, la de la irresponsabilidad, la del dinero, la del bienestar, la de la buena conciencia.
- Genera vida a su alrededor: su compromiso es atractivo y genera entusiasmos. Aunque también genera desprecios e incluso críticas y ciertas persecuciones. Lo cierto es que a nadie deja indiferente.

Desde este profetismo, la persona que es capaz de comprometer se lo hace siempre con grandes ideales, con grandes metas, con utopías. Pero la palabra «utopía» se ha impregnado de una carga semántica negativa. Se ha terminado por entender la utopía como quimera, como algo irrealizable que solo puede seguir el lunático o el poco realista.

Pero la utopía no es irrealismo ni ucronía, no es lugar del soñador, del perezoso mental, del diseñador de proyectos irresponsables.

La utopía es un ideal histórico concreto, una imagen dinámica que ha de ser realizada como movimiento y como línea de fuerza. Su realización puede estar lejana, pero es realizable. Se trata de un ideal que orienta la acción de largo alcance. Y el ideal consiste en constelaciones de valores que orientan la acción.

Lo utópico es así la antítesis de lo tópico, de lo que hay, cuando lo que hay no está al servicio de la persona. La misión de la utopía es abrir el horizonte de lo posible en oposición a lo establecido.

Solo al buscar lo imposible es como el hombre ha realizado y reconocido siempre lo posible, y quienes están prudentemente limitados a lo que les parece posible no han avanzado nunca un solo paso.

4.6. Voz política: el compromiso por una sociedad libre y justa

Junto al polo profético está el polo político de quien se compromete, que no es otra cosa que reconocer que su actividad está también orientada a la transformación social y a la superación de toda estructura injusta. La injusticia, la

pobreza y el dolor provocados por ellas suponen la conculcación de los más elementales derechos humanos y el bloqueo de todo desarrollo personal. Resulta un angelismo o una ingenuidad hablar de desarrollo y plenitud personal, cuando el contexto social y económico en el que viven las personas es la miseria, la explotación o la violencia. Esto no puede ser un hecho ajeno al voluntario, militante o para el docente. Por tanto, también es parte de su cometido ético el buscar y proponer respuestas a los problemas de la sociedad, no solo de modo teórico, sino comprometiéndose en dicha respuesta.

Si no hay compromiso personal, si solo hay mera posición teórica y, en el mejor de los casos, alguna ayuda «caritativa», no hay transformación social: solo connivencia con la opresión o con la explotación o con la injusticia. «Decir que los hombres son personas, y como personas son libres y no hacer nada para lograr concretamente que esta afirmación sea objetiva, es una farsa» (Freire, P.: Pedagogía del oprimido. Siglo XXI, Madrid, 1980, p. 47). El mero asistencialismo no es sino una forma de hacer el juego a las fuerzas que mantienen la injusticia. Y es que no se trata de «tapar agujeros», sino de transformar realidades.

En todo caso, conviene aclarar al servicio de qué realmente está la persona que se compromete en alguna tarea. Porque puede que esté comprometida, pero con el mantenimiento del sistema social o económico vigente; puede que esté comprometida con la promoción de una ideología con la que adoctrina, pero a la que lo que más le importa no son las personas, sino el poder, la nación o la economía.

Por tanto, la transformación social, si quiere ser eficaz y personalizante, debe cumplir varias condiciones:

- a) Que la transformación se lleve a cabo con los más necesitados y no solo a favor de ellos. Supone esto la muchas veces mal vista tarea del descenso del voluntario, docente o comprometido de su Olimpo o de sus topos ouranós para encontrarse con el pobre.
- b) Que quien se compromete en alguna tarea personalizante sea capaz de decir su propia palabra y vivir desde sí. Solo así su propuesta tendrá fuerza transformadora. Por ello, su propuesta teórica debe estar abierta a la acción, abrir canales de intervención práctica en la realidad. Todo compromiso social es, de este modo, un acto político. Se hace una crítica y se hace una propuesta, sabiendo que no hay gigantes que no se puedan derribar; es más, la mayoría de los problemas no es que sean gigantes, es que los miramos de rodillas. El fatalismo que afirma que nada se puede hacer, no es sino una forma de dimisión, de cómoda instalación que rechaza toda complicación ética.

- c) Que quien se compromete esté, así, abierto a la utopía. Porque si no posee un «para qué» no sabrá «cómo» vivir. Y, una vez propuesto el «para qué», deberá tener esperanza en que se realizará, comprometerse esperanzadamente con ella.
- d) Que quien se compromete no tenga «miedo a la libertad Y debe saber que la libertad no es algo que se tiene o que se es, sino algo que se conquista o se pierde. El miedo a la libertad lleva a la gregarización, a convertirse en meros espectadores cualificados de una situación que, por comodidad, se juzga inamovible.
- e) Que quien quiera comprometerse sea capaz de desinstalarse, pues habitualmente ocupa situaciones de privilegio en la sociedad y fácilmente está inmerso en las estructuras propias de las clases dominantes, que son las que pagan. Esta desinstalación pasa por creer en la persona de los más pobres y desfavorecidos como «mayores de edad», con capacidad de transformación.

Paulo Freire, en la *Pedagogía del oprimido*, habla de lo inédito viable referido a la utopía que puede ser realizada si los que hacemos la historia (¡que somos nosotros!) así lo queremos. Desde la utopía, es decir, desde el proyecto transformador de la sociedad, los obstáculos no se miran como amenazas, sino como retos para solucionar. Lo que no es de recibo, es rendirse antes de salir a la batalla y repetir el argumento que el neoliberalismo ha inculcado en todos: «Total, porque yo cambie no va a cambiar nada» o «¿Qué voy a poder hacer yo? Yo nada puedo». Esto no es cierto. Repetimos: no hay gigante que no se pueda derribar. Y mi capacidad crítica, analítica y propositiva es de una potencia extraordinaria. Atrévete a comprobarlo.

4.7. Conclusión

Lo que pretendemos, por tanto, es que nuestro corazón tenga tres cualidades: que sea un corazón amoroso, para dar la mano a los que nos necesitan; que sea un corazón inteligente para analizar por qué se producen las «grietas» en el sistema; que sea un corazón sociopolítico para trabajar desde la vida pública en las estructuras correctoras.

Así, viviremos en tres ambientes: en la plaza pública, para estar donde la gente esté; en la biblioteca, para hacer la reflexión y en análisis profundo de la realidad; en el claustro, donde se hace silencio y también donde se ora y alaba.

B. COMPROMETERSE ES VIVIR: RAZONES ANTROPOLÓGICAS PARA EL COMPROMISO

1. PERSONA Y COMPROMISO

Pero las razones para el compromiso no son solamente éticas. En realidad, comprometerse es algo esencial a la persona, es una opción radical que responde a lo que la persona es. En las entrañas mismas de nuestro ser persona está inscrita la necesidad de comprometerse. Comprometerse, ¿con qué? Con aquello que se descubre en la vida como valioso, es decir, sobre todo, con otras personas. No hay otro camino para llevar una vida auténticamente personal. No hay otro camino para la felicidad (sabiendo que felicidad, etimológicamente, significa fertilidad, dar- de-sí, estar en camino de plenitud). Asomémonos a nuestras profundidades para descubrir que somos en la medida en que nos comprometemos, que valemos como personas lo que valen nuestras adhesiones firmes y libres a aquello que merece la pena.

1.1. La persona como constelación de capacidades y dones. Vivir es comprometerse con la realización de esos dones

No hay derecho a que nadie se pase la vida lamentándose de las propias incapacidades, de las propias limitaciones, de las propias carencias. Es una actitud profundamente injusta. En primer lugar, porque quejarse es estéril: lamentarse de las limitaciones o de las dificultades impide poner manos a la obra para solventarlas. Ya se sabe: quien llora porque no puede ver el sol, las lágrimas le impiden ver las estrellas. Pero, ante todo, porque esta postura no permite ver la auténtica realidad (o, peor, no quiere verla): que cada uno de nosotros somos una constelación de dones, de capacidades, de potencias. Somos un inmenso tesoro ante cuya contemplación caben tres actitudes básicas: alegrarse por tan-

to don, agradecer todo lo que hemos recibido... y poner en juego todo lo que somos, es decir, comenzar por comprometerse en poner en juego toda la riqueza que hay en nosotros.

1.1.1. La persona como estructura de dones

La persona no puede ser definida, porque no es una cosa. Solo de las cosas podemos aventurarnos a decir qué son. Pero la persona no es un qué, sino un quién. Y un quién que no está acabado, sino que está en continuo dinamismo, que está haciéndose a sí mismo en cada momento. De modo que, a lo máximo que podemos aspirar es a describirlo que hay en la persona. Pues bien, a diferencia de las cosas, que tienen componentes, podemos decir que la persona consiste en un conjunto de capacidades que forman una unidad. No se trata de capacidades «flotantes», sino capacidades-de-esta-persona. La identidad de cada persona es irrepetible. Y esta identidad única, singular, unitaria, se manifiesta en un inmenso conjunto de potencias, físicas y psíquicas, con sus límites, peculiares formas de expresión y particular intensidad.

Concretando más, podemos describir algunas de las pléyades de potencias que hay en nosotros, cada una de ellas en diversos niveles y con matices estrictamente personales:

- las capacidades lingüísticas y comunicativas (orales y escritas);
- capacidad ética o de autoconstrucción (saber para uno mismo o para otro qué es lo que se debe hacer en cada momento para crecer como persona, qué es lo más conveniente);
- destrezas manuales;
- capacidades intelectuales, que incluyen las capacidades de comprender, de analizar, de sintetizar, la capacidad abstractiva, etc.;
- capacidades de relación y afectivas (que, a su vez, incluye capacidades como la de empatía, la de llegar al otro, de amabilidad, de ternura, de generosidad, de perdón, de llegar a conocer los propios afectos y saber expresarlos, saber controlarlos, saber conocer los afectos ajenos, saber resolver conflictos interpersonales, etc.);
- capacidades de acción práctica, como capacidad de organizar, de gestionar, de estructurar, de gobernar;

- capacidades artísticas, que a su vez pueden ser plásticas, musicales, corporales, visuales;
- capacidades físicas y psicomotoras;
- capacidades fisiológicas como ver, oír, gustar, tocar (y que, por cierto, solo apreciamos cuando las perdemos o cuando enferman);
- creatividad;
- capacidad de recordar.

Pero, además de estas capacidades que podríamos llamar «naturales», hay otras muchas que vamos adquiriendo (entre otras cosas porque se nos ofrece la posibilidad de adquirirlas): los conocimientos, las virtudes (como la prudencia, fortaleza, la humildad, el humor, la templanza, el respeto, la tolerancia, la misericordia...). También son dones que se nos ponen a disposición las cosas que tenemos, los servicios que nuestro país nos ofrece, la educación recibida. Pero, sobre todo, los principales dones que recibimos a lo largo de la vida son las otras personas especialmente significativas con las que nos vamos encontrando: padres, hermanos, profesores, amigos, sacerdotes, escritores, terapeutas... Nuestra biografía está tejida con la presencia de muchos de ellos (que bueno es recordarlas y agradecer su presencia en nuestra vida). No seríamos quienes somos sin lo que nos aportaron esas personas: posibilidades, orientación, conocimientos, impulso, ánimo, bienes materiales, etc.

Todo esto, estos dones naturales, los bienes recibidos, las personas con las que nos hemos encontrado, tejen una tela unitaria: lo que nosotros somos.

Pero no somos simplemente lo que señalan estas potencias o estos dones, sino lo que permiten estas potencias: somos lo que estamos llamados a ser y podemos ser. Los propios dones y capacidades nos llaman, nos reclaman su puesta en acción. Y esta es tarea de cada persona. Es decir: cada uno de nosotros ha recibido unas cartas. Pero el juego depende de cada persona. A cada uno se le ha dado un material distinto, una materia prima absolutamente original. Pero cada uno tiene que esculpir su propia estatua. Este es el primer compromiso que el ser humano tiene que asumir: no ser un mero actor de su vida, sino ser el autor de la misma. Y, para ello, estos dones y estas capacidades deben ser acogidas, alentadas, valoradas y puestas en juego. Es esta precisamente la enseñanza evangélica de la Parábola de los Talentos: somos responsables de hacer fructificar los talentos que nos han sido confiados.

Pero esta «puesta en juego» de los propios dones y capacidades no se hace anárquicamente: son los propios dones los que nos llaman a ponerlos en juego de una manera determinada. El entramado estrictamente personal de estas potencias, cualidades y capacidades que hay en cada uno dan lugar a una 'orientación esencial de la acción', a ponerlas en juego de un modo estrictamente personal y original. Por ello, cada persona aspira a ejercer lo que descubre como esencial y definidor de ella misma. Así, unos se sienten llamados espontáneamente a la educación, otros a la investigación, a la organización de grupos, a la política, a la creación (artística, literaria, científica, filosófica), a la fabricación, a la ayuda a otros (terapéutica o no), al servicio público, etc. Esta orientación esencial de la acción toma en cada persona su forma particular y se va descubriendo en decurso vital: cada uno va descubriendo el para qué de su vida. Y esta llamada a vivir de determinada forma, es lo que se puede llamar la vocación.

Pues bien: no hay posible crecimiento y felicidad en la persona sin comprometerse a fondo y apasionadamente con la vocación a la que cada uno está llamado. Y es que la felicidad no es algo que se pueda perseguir directamente: quien así lo hace, nunca la consigue. La felicidad es el resultado que se le ofrece a quien vive una vida con sentido y comprometido con ella. Felicidad que, por ser fertilidad y no mero contento, se conjuga siempre con el esfuerzo, la incompreensión y, no pocas veces, con sufrimientos.

Un cachorro le dice a un perro viejo:

-He aprendido en un cursillo de sabiduría que lo mejor para un perro es la felicidad, y que esta se halla en la cola de cada uno. Por consiguiente, voy a ver si agarro la mía; así, cuando la tenga, seré feliz.

El perro viejo le contesta:

-Yo también he llegado a la conclusión de que la felicidad es excelente para un perro y sé igualmente que la mía está en mi cola. Pero me he dado cuenta de que, cuando me doblo para agarrarla con mis dientes, se aleja de mí; pero, cuando ando ocupado en mis cosas haciendo lo que tengo que hacer sin preocuparme de ella, viene siguiéndome detrás.

1.1.2. El compromiso primero: realizar la propia vocación

En efecto, cada persona está llamada a realizarse como tal. Y cada una está llamada a recorrer su propio camino. No vale imitar el de otros, porque cada ser humano es una realidad radicalmente nueva y distinta en el mundo: La vocación es la forma en que se concreta para cada uno la llamada a ser plenamente

persona. Pero esta vocación es una llamada que pide una respuesta, un proyecto de vida. Por tanto, cada uno tiene que hacer el esfuerzo de concretar mediante una respuesta concreta, mediante un proyecto. De ahí la importantísima función del educador, ayudando a otros a detectar, orientar y animar la vocación mediante la elaboración del proyecto de vida personal.

La vocación es una llamada silenciosa a unificar la vida y darle-de- sí en una dirección determinada. Por eso, es la vocación personal la que marca la propia identidad. No es identidad abstracta, ni dada para siempre, no es evidente ni innata. Se trata de una identidad que se va sugiriendo, descubriendo, si se está en silencio, a la escucha. Se experimenta a tientas, a oscuras, sin poder tener nunca la certeza de conocerla definitivamente. Es una llamada silenciosa que se descubre en lo íntimo.

Pues bien: la persona solo se despliega desde la toma de conciencia de su vocación y desde el compromiso con ella. Y la vocación solo se encuentra en un proceso de interiorización. Desde ella cabe la posibilidad de volver al exterior sin correr el peligro de quedar encerrados fuera de nosotros mismos.

Vivir la propia vida es decir «sí» a esta vocación y a lo que, desde ella, se descubre como valioso. Pero decir «sí» a la vocación comporta, muchas veces, decir que «no»: aceptar límites, rechazar posibilidades, alejarse. Vivir es elegir. Desde la propia vocación yo elijo y desecho, afirmo posibilidades y niego otras. Y se elige desde la vocación. Desde la vocación, solo desde ella, es posible renunciar, romper, decir «no», por muy desgarrador que sea, sin que suponga mutilación, porque se elige desde una plenitud incoada.

Solo desde el compromiso con la propia vocación es posible:

- unificar la vida, ordenarla,
- ponerla en camino de plenitud,
- que la persona sea máximamente fecunda y creativa.

1.2. La persona llamada a la plenitud. Solo hay plenitud en el compromiso

Una de las respuestas más comunes cuando se pregunta a cualquier persona qué es lo que, en el fondo, busca en la vida, es señalar que lo que se quiere ha-

ciendo lo que se hace es ser feliz. Lo que no se suele precisar después es qué se entiende por felicidad, pues muchos lo identifican indistintamente con la alegría, con estar contentos, con gozar, con estar tranquilos o encantados, con estar eufóricos o exultantes, con sentirse dichosos o con tener suerte.

Pero si atendemos a su raíz etimológica, el término «felicidad» nos ofrece sus secretos y nos comienza a revelar algo de lo que pueda realmente significar la felicidad. Así, *felicitas* procede del adjetivo *felix* que quiere decir «fecundo, fértil, fructífero». Por tanto, parece que la felicidad tiene que ver, en la persona, con cierta fertilidad personal, con una cierta forma de fecundidad, de ir-a-más. En el mismo sentido, el sinónimo «beatitud» procede del verbo «beo, beare, beatum» que significa inicialmente llenar, colmar, enriquecer y, por extensión, «hacer feliz» y «alegrar». Por tanto, la beatitud supone algo que hace feliz en cuanto que enriquece, en tanto que colma a la persona, en cuanto que la lleva a más. No significa, por tanto, un mero «estar a gusto» o «estar contento», sino una situación de esfuerzo personal y de vencer dificultades en el camino del propio crecimiento. Este mismo sentido parece tener el término «pletórico». Su etimología también es elocuente, pues el adjetivo griego *plethoricós* significa aquello que tiene abundancia de otras cosas. Por tanto, el que está colmado, lleno de humanidad, panificado, está pletórico.

Por último, y aunque sorprenda a algunos, quizá también pertenezca a este grupo el sustantivo «entusiasmo», pues si bien se suele utilizar en el sentido de ánimo fogoso o exaltación ante algo que asombra o gusta, su origen tiene que ver más con la inspiración del artista, pero inspiración de carácter divino, pues *enthousiasmós* significa lleno o poseído por un dios. Y esto justo es fuente de plenitud para la persona. *Enthousiasmós* significa «estar lleno del dios». Y estar lleno de dios produce un delirio divino, una *theia manía*, un estado de plenitud exultante.

Parece, por tanto, que la persona es un ser dinámico y que uno de los dinamismos más íntimos de la persona es el de crecer hacia su plenitud, dar-de-sí, ir siempre a más, aspirar a existir en plenitud o voluntad de ser más. No es cierto que la persona solo aspire a ser o a mantenerse en la existencia o en equilibrio homeostático. La persona es siempre un querer ir a más. Y esto ocurre en la medida en que va actualizando sus potencialidades y su vocación, en la medida que se abre a la realidad, descubre un sentido, pone en orden todas sus dimensiones y supera todo lo que bloquea esta aspiración. Este dinamismo ha sido percibido por algunos pensadores como Píndaro o Fichte como el primer imperativo moral: «Llega a ser quien eres».

Antes decíamos que cada persona aspira a una orientación o actuación esencial en su vida. ¿Por qué? Porque es el modo personal en que cada uno realiza y vive su llamada a la plenitud. No es su realización lo que en última instancia busca la persona ni «estar a gusto consigo misma». La persona busca su plenitud, de la que dependerá su felicidad, y no al revés. Somos felices en la medida en que caminamos hacia la plenitud, pero si buscamos directamente la felicidad no la encontraremos. La felicidad es una puerta que se abre hacia fuera. Y esto significa que no es algo que viene dado. Quien se quede a la puerta de su casa esperando a que llegue su felicidad, lo único que verá pasar será su propio entierro. Por tanto, la felicidad, aunque es un don, no viene a las manos sin liar en nada, sino a través de poner la propia vida en juego: a través del compromiso con lo valioso. La persona solo crece, solo va a más, comprometiéndose con aquello que le hace crecer.

La persona es una flecha lanzada hasta el infinito y con menos no se puede conformar. La persona está hecha para lo absoluto y no descansará hasta que descanse en lo absoluto. Y esto, traducido en términos de vida cotidiana, significa caminar continuamente en camino de la plenitud. La felicidad, pues, está en el camino y no tanto en la meta, pues siempre hay un más allá.

Lo segundo que significa todo esto es que la plenitud no es algo que se conquiste nunca de modo definitivo. Siempre se puede ir a más. Por ello, la actitud de compromiso debe durar hasta el último día de nuestra vida. Lo contrario sería dimitir- de ser persona.

1.3. La persona vive desde un sentido existencial. Sentido y compromiso

Lo tercero que constatamos es que la propia vida, y cada circunstancia dentro de ella, tienen un sentido, tienen siempre un para qué que se puede descubrir. La tarea de la vida es descubrirlo y, luego, comprometerse con él. La vida de la persona, aun en las circunstancias más terribles y más dolorosas, siempre tiene un sentido, un para qué (que muchas veces se descubre mucho tiempo después de superado el momento malo).

Se trata de un sentido global, personal pero no subjetivo, es decir, no depende de la imaginación, o de la voluntad o de la inteligencia personal. No lo inventa uno, sino que lo descubre. Lo que hay que inventar es el modo en que el proyecto vital responde a ese sentido. Y este sentido que se descubre, a su vez, orienta, impulsa y llena de sentido a la propia vocación, a la propia orientación personal, dando así consistencia a la vida.

Para realizar su plenitud, la persona ha de encontrar un horizonte hacia el que oriente su crecimiento. Lo que desea la persona, más allá del placer, la riqueza, el poder, es un sentido desde el que poder caminar hacia su plenitud. Y es que la persona está llamada y orientada a algo más allá de sí misma, está orientada a algo que le trasciende. No es ella misma su sentido: tiene que realizar su vida, pero desde un sentido para su existencia en el mundo.

El sentido tensa la vida: la reclama a una mayor unidad y creatividad. Por eso, no es eliminando tensiones y responsabilidades, sino aumentándolas y asumiéndolas, como la persona se fortalece y crece. La persona solo crece mediante el compromiso con aquello que es fuente de sentido. Y la persona cuya vida ha descubierto su sentido y se ha comprometido con él tiene la capacidad de ser fuente de sentido para otros, de ser posibilitante para otros, de ser luz para otros.

Ser persona «significa hallarse permanentemente confrontada con situaciones de las que cada una es al mismo tiempo don y tarea. La tarea de una situación consiste en realizar su sentido. Y lo que al mismo tiempo nos da es la posibilidad, mediante el desempeño de dicha tarea, de realizarnos a nosotros mismos» (Frankl, Viktor E.: La presencia ignorada de Dios. Herder, Barcelona, 1995, p. 108). La persona está así llamada a hacerse cargo de sí, a ser responsable de sí misma, y a hacerse cargo de la circunstancia y de los circunstantes, desde el sentido que descubre.

El problema que surge, entonces, es el de marcar la dirección en la que se puede encontrar este sentido fundamental, los ámbitos donde se puede concretar y encarnar el propio sentido. También en esto Viktor E. Frankl, el psiquiatra vienes, ha mostrado cómo ese sentido se puede encontrar, en una triple dirección:

- a) Desde la creatividad, es decir, desde el ejercicio de la propia vocación, desde las propias ocupaciones, en las tareas que se desempeñan a favor de los demás. Se trata de encontrar el porqué de nuestra vida en todas aquellas acciones (remuneradas o no) en las que desarrollamos nuestras potencialidades, nuestra orientación esencial de la acción, nuestras fuerzas. Se trata, por tanto, de todo aquello que depende de nuestra voluntad y en lo que nos expandimos.
- b) Desde las experiencias de la relación con otros: con el amigo, el alumno, la pareja, la familia, la comunidad... también la relación con el Otro, con la Persona, será una fuente privilegiada de sentido. Será el sentido del sentido, por cuanto que es fundamentador. Estamos hablando, por tanto, de la

experiencia del amor como fuente de sentido. En fin: se trata de todos aquellos ámbitos en los que se produce el encuentro fructífero entre personas.

- c) Desde la experiencia del sufrimiento y el dolor. «No hay ninguna situación en la vida que realmente carezca de sentido. Esto significa que los aspectos aparentemente negativos de la existencia humana, y en especial esa tríada trágica en la que se incluyen dolor, culpa y muerte, pueden también llegar a transformarse en algo positivo cuando se afrontan con la postura y actitud correctas» (Frankl, Viktor; ibi., p. 110). Se trata el ámbito de aquello que nos ocurre sin nuestra voluntad y que nos limita. Es todo aquello negativo que aparece en nuestra vida: accidentes, enfermedades, dolores, las inferioridades físicas, psíquicas o morales, las heridas físicas o psíquicas, los defectos agrandados más o menos voluntariamente. Pues bien: en el sufrimiento, en el dolor, en el mal, en la culpa y en la muerte es posible encontrar un sentido: es posible transfigurarlo y trascenderlo, situándonos más allá de la resignación, tomando una actitud creativa y de crecimiento. Hace falta, eso sí, trascender la situación, abrirse a un sentido que ilumine la pasividad. Y la experiencia nos muestra que crecimiento y alegría son también posibles en estas circunstancias (incluso, son una fuente privilegiada de crecimiento y alegría). Es más: muchas veces es justo este tipo de experiencias las que más hacen crecer a las personas.

1.4. Apertura al otro. Compromiso y comunidad

Además de lo anterior, la persona descubre (y experimenta desde sus primeros latidos), que todo crecimiento hacia la plenitud solo ocurre en el encuentro con los otros, y con el otro, en tanto que son impulsantes, posibilitantes y apoyo para el crecimiento personal. Se trata de la constatación de la esencial apertura a la trascendencia y a la fraternidad, a los otros y al compromiso con ellos.

Desde lo íntimo se descubre la necesidad de la relación con los demás como esencial. Para el crecimiento de la persona, el dinamismo de ir a más se abre y modula, además de hacerlo en la forma de apertura a la trascendencia, en la forma de apertura a los otros, pues no cabe ponerse en marcha hacia la propia plenitud si no es a través de la relación. La relación es, junto con el ir a más hacia la plenitud, otra de las caras del dinamismo básico de personalización. La experiencia del otro como imprescindible para que yo llegue a ser yo es tan primigenia como la tendencia a la plenitud.

La persona tiene que hacer su vida, pero que no es autosuficiente: necesita abrirse a los demás. Como nuestros impulsos biológicos, a diferencia de los animales, no nos dicen cómo tenemos que actuar en cada caso, la persona tiene que enfrentarse de modo creativo a cada situación, tiene que abrirse a la realidad y enfrentarse con ella para razonar y decidir cuál es la mejor opción y acción en cada caso. Por otra parte, como por sus propios medios no puede hacer frente a toda circunstancia, la persona necesita de los demás y de las cosas para ser viable. Pero no es que simplemente los necesite: es que la persona está constitutivamente abierta. Y no solo abierta: la persona está radicalmente orientada hacia otros. La persona es un ser-con-otros. Por eso, solo en el compromiso con los otros la persona crece. Lo adecuado al ser personal es responder a esta vinculación u orientación ante los otros.

La persona no se puede realizar como tal si no es abriéndose y vinculando nuestra vida con otras personas. Y esto es así porque responde a lo que somos como personas y porque los otros nos ayudan a ser lo que estamos llamados a ser (y, así mismo, porque nosotros ayudamos a otros a ser quienes están llamados a ser). Cerrarnos en nosotros mismos, no querer vivir como persona, sino como individuo, es una olea ion posterior. Pero nuestra inteligencia nos abre a los demás. Por eso nuestra razón y nuestra palabra (logos en griego) se abren necesariamente al diálogo, al logos compartido. Crecemos en diálogo con los demás.

Tanto es así que la mayor parte de lo que somos lo somos con otros, por otros, gracias a otros.

Pero para crecer con otros es necesario, ante todo, que ocurra el encuentro con los otros. Y, en segundo lugar, que este encuentro no sea epidérmico, sino que se consolide mediante un compromiso mutuo. En realidad, en el sentido fuerte que aquí queremos dar al término, supone siempre un compromiso.

Un encuentro consiste en una experiencia personal radical en la que dos personas se hacen mutuamente presentes de modo significativo, acogiendo y estableciéndose entre las dos una comunicación fecunda. En este encuentro, cada uno de los dos crece como persona. En el encuentro, cada una de las personas quiere que la otra llegue a ser quien está llamada a ser; ofreciéndole cada uno al otro su riqueza personal, sus cualidades, su tiempo, su ser. Cada uno de los dos apoya, posibilita e impulsa al otro para crecer como persona. Por el encuentro, un «yo» y un «tú» se convierten en un «nosotros».

Esto supone que, respecto del otro, tengo una relación bien concreta. Y es que no todo tipo de relación con el otro resulta personalizante, porque caben varias formas de considerar al otro:

- a) Como cosa, es decir, como medio o instrumento para mis fines.
- b) Como socio, colaborando con él en función de una necesidad mutua, pero tratándolo de modo impersonal, sin importarme él como persona.
- c) Como persona, como fin en sí, como alguien al que acojo y al que me doy para que sea quien está llamado a ser.

Solo en este tercer caso es posible el compromiso personalizante y el crecimiento personal, pues los dos que se encuentran tienen la intención de salir de sí, ponerse en el punto de vista del otro y tomarse sobre sí de modo estable y fiel.

Y esto, en un ámbito práctico, significa que solo hay educación si hay auténtico encuentro del docente con el alumno. Y que solo hay curación psicoterapéutica en el encuentro con la persona del doliente. Y que solo cabe amistad en el encuentro fecundante. Y que solo cabe vida familiar desde la experiencia de auténticos encuentros entre personas: solo así hay promoción personal.

1.5. Comprometerse es ser libre

El crecimiento personal consiste en la realización o actualización de los dinamis-mos esenciales de la persona y supone su maduración progresiva, un mayor orden, creatividad, libertad, responsabilidad, apertura y autonomía. Esta es tarea para toda la vida. Y, si no, recuérdese al filósofo E. Jünger, continuando con la investigación filosófica a sus 101 años, o Cervantes, que ya en el lecho de muerte no dejó de escribir hasta terminar su magistral *Los trabajos de Pérsiles y Segismunda*, o Torrente Ballester, que estuvo trabajando en su última novela hasta el último día de su vida a los 88 años, o Teresa de Calcuta y Karol Wojtyła que no disminuyeron el ritmo de trabajo, de escritura, de viajar y trabajar por la Iglesia aun cuando la vejez y la enfermedad les limitaban. Y es que, como dice san Pablo, el buen corredor, cuando está llegando a la meta, no baja el ritmo, sino que lo acelera.

Luego el compromiso con la propia vocación, con lo valioso y con los otros que van apareciendo en la propia vida, no es algo de un día o de una temporada, sino una forma de vivir hasta el último momento. Y es que solo comprometiéndose la persona crece, entre otras cosas, porque solo comprometiéndose se hace más libre.

La libertad, como capacidad de opción y capacidad de autorrealización, no es algo con lo que se nace: es una conquista. No nacemos libres: nos vamos ha-

ciendo libres en la medida en que comprometemos nuestra libertad. Y es que esta se puede ir ganando, pero también perdiendo porque es la manifestación del autodominio de la persona: en la medida en que la persona va siendo efectivamente suya, aumenta su capacidad de opción, de dominar en sus impulsos y motivos y, por tanto, de ser la autora de su vida.

La libertad no es, pues, una potencia abstracta, sino una cualidad de la voluntad que se puede ejercer y aumentar o no ejercer y disminuir aunque, en el peor de los casos, la persona siempre puede ejercer un mínimo de libertad: siempre puede arrepentirse y cambiar el rumbo de sus elecciones, por muy habituado que esté a no hacerlo. La atrofia de la libertad nunca lleva a su desaparición.

De todas maneras, siendo rigurosos, tenemos que decir que la libertad es un acto de toda la persona. No solo es libre la voluntad: lo es la inteligencia, el cuerpo, la afectividad... Si una de estas instancias no es libre, no es posible una voluntad libre. Incluso cabe que la propia voluntad sea una esclava de la inteligencia (intelectualismo), de los afectos (sentimentalismo), del propio cuerpo (hedonismo compulsivo), de las masas sociales o de la mentalidad dominante. En todos esos casos, será hartamente difícil que la persona sea capaz de compromisos duraderos.

La libertad no supone ausencia de motivos, tendencias o impulsos. Supone, por el contrario, la organización de las tendencias y motivos de modo que estos serán «sus» motivos y «sus» preferencias. La libertad, por tanto, acontece en el dominio de sí mismo. Por ello no existe la libertad como potencia, sino como modo de ser de los actos: hay actos libres. Estos actos libres no se ejercen «a pesar» de las tendencias inferiores. Es, por el contrario, un acto de determinación que la persona produce llevado a él por ciertas tendencias. La libertad no es algo simplemente permitido por las tendencias inferiores, sino exigido por ellas.

1.5.1. Libertad-de

En primer lugar, la libertad es libertad-de las tendencias internas y de los condicionamientos del ambiente. Solo quien se posee a sí mismo, quien tiene cierto dominio de sí, es capaz de comprometerse con algo que no sea él mismo.

Toda persona, por su inteligencia, es capaz de tomar distancia de la realidad, de la circunstancia en la que se encuentra, es capaz de estar suelta de la realidad (tanto en lo biológico, psicológico como social) y poder estar por encima de sus suscitaciones. No significa esto que anule sus impulsos, suscitaciones y condicionantes naturales, sino que es capaz de, sobre ellos, situarse frente a ellos.

La libertad nunca es pura espontaneidad, pura capacidad neutra de elección, no es «hacer lo que me da la gana», sino que es una capacidad que parte de las coordenadas naturales en las que estamos. Pero, a partir de ellas, la persona puede optar. No somos, por tanto, lo que la vida ha hecho de nosotros, sino lo que hemos hecho nosotros con lo que la vida nos ha dado. Así, un buen patrón de velero no solo avanzará cuando el impulso del viento esté a favor, sino que sabrá también aprovechar para avanzar aquel viento que sopla de frente. Del mismo modo, toda persona que quiera avanzar en el viaje de su propia construcción, debe ser dueña de sí para avanzar cuando «los vientos son favorables», pero también cuando no lo sean (cuando haya dificultades, cuando no le apetezca, cuando cueste mucho).

En este sentido, la libertad es, en primer lugar, la capacidad de liberarse de todo lo que asfixia su desarrollo, de todo lo que impide su perfección. La libertad es así autoliberación Y, en verdad, no existe libertad si no libera. Solo liberándose la persona de sus esclavitudes se hace la persona dueña de sí.

Sin embargo, esta libertad puede absolutizarse e instalarse la persona en una negación de todo vínculo, de todo sometimiento y dependencia, de toda relación, de toda pertenencia. Pero en este momento, esta libertad ha perdido su razón de ser. La libertad, entonces, se sepulta en un «no querer líos» o en un «déjame de compromisos, que con lo mío ya tengo mucho». Le sucederá a esta libertad lo mismo que le sucede a un coche deportivo si el dueño decide no utilizarlo durante quince años «para que no se le estropee». Al cabo de los quince años el coche estará totalmente inutilizado por desuso.

1.5.2. La libertad-para

Pero esto no la define totalmente pues la libertad no puede ser, como pretende Sartre, mera indefinición, mera indeterminación. Tampoco es espontaneidad. La libertad-de tiene un sentido, una determinada orientación: la capacitación para la realización de la persona. Además de la libertad-de, la libertad también es libertad-para la autoposesión, para la autoconstrucción, para responsabilizarse de la propia vida y vivir unos valores. Es capacidad de preferir, de comprometerse, de adherirse. ¿A qué?: a aquello que da sentido a la propia vida y a los valores que dimanen de ello. Somos libres-de para poder ser libres- para. El autodominio permite más libertad para la entrega a otros.

Las cosas y las posibilidades, al presentársenos, no lo hacen de modo indiferente, sino que estimamos unas como mejores que otras (respecto de nuestra ple-

nitud, de nuestro desarrollo). Por eso mismo, la libertad es un poder orientado a la realización de lo valioso para la persona. La persona está orientada, obligada a aquello que le hace plena y feliz. Pero no está determinada a escoger lo que realmente le va a hacer crecer. He ahí el conflicto: está orientada a lo que le hace plena, pero es capaz de decidir lo que desintegra a la persona.

Por otra parte, esta adhesión, este compromiso, no solo se puede tomar con la propia vocación, sino con otros valores, actividades o proyectos que no dimanan de esta vocación. Si esta adhesión elimina toda trascendencia, toda apertura, la persona termina siendo esclava de aquello a lo que se adhiere, que termina por tomar consistencia de ídolo, de absoluto. Es la postura de la persona que se toma a sí o a sus deseos, o a su proyecto voluntarista, como medida de todas las cosas. O de quien se adhiere a unas ideas, al poder, a una empresa, a la competitividad, a la productividad, a unas siglas, o a una comunidad, como si fuese el absoluto. En estos casos, la persona termina sacrificada —y no plenificada— por aquello a lo que dice servir.

Solo si la persona se entrega a algo que le trasciende y que le hace crecer, solo así se libera. Y una libertad solo es tal si libera.

Sin embargo, toda opción que se hace, compromete la libertad: o hace a la persona más libre, más dueña de sí, o más atada a las suscitaciones interiores o exteriores. Las opciones, si crean hábitos positivos, liberan. De lo contrario, empobrecen y esclavizan.

En todo caso, gracias a la misma libertad, por muy comprometida que esté esta, siempre es posible el cambio radical de rumbo, una ruptura: la conversión o la apostasía. Son estas opciones en las que se pone en juego todo el destino, la orientación y consistencia del futuro. Poder cambiar siempre de rumbo, de orientación vital: es la prueba de que la libertad nunca está plenamente alienada ni comprometida. Siempre es posible cambiar.

1.5.3. La libertad no tiene sentido en sí misma

Todo esto significa que la libertad no tiene su sentido en sí misma. No puede ser el término de una conquista. La libertad tiene un sentido bien preciso: la capacidad de optar por la plenitud, la capacidad de realizarnos. La persona es aquel ser que desea la plenitud. Este deseo nace naturalmente en él. Pero esto no le obliga a actuar en determinado sentido: la persona tiene que elegir las acciones,

las opciones y posibilidades que le lleven a esa plenitud. Ella es la que ha de dar libremente el paso que le conduce de lo que es a lo que está llamada a ser. Y esto, siempre, supone tomar un camino y dejar otros, una elección y muchas renunciaciones. Y, además, un riesgo: la persona está llamada a correr el riesgo de la libertad.

Pues bien, correr este riesgo no supone, en absoluto, quedar sin vínculos, sin ataduras: todos terminamos por entregar nuestra vida a algo o a alguien, a una actividad o a un placer. Lo que está en nuestra mano es decidir a qué queremos entregarlo. Unos entregan sus vidas a sus viajes o a su cuenta corriente o a su chulé. Otros al fútbol. Otros a su familia. Otros a su empresa. Otros al alcohol. Otros a Dios. Pero todo el mundo está atado a algo: unos voluntariamente (esos son los libres) y otros se han dejado esclavizar. Pero no hay nadie que no viva para algo.

Concluamos diciendo que para explicar todo lo que hay en la acción de la persona no basta su naturaleza: las acciones de la persona, además de ser naturales, deben ser libres. Pero igual que no hay voluntad al margen de las tendencias, no hay libertad al margen de la naturaleza. Libertad no supone aniquilación o superación de lo natural. Consiste más bien en la fijación de estructuras vitales que permiten la progresiva liberación de la persona. Esta liberación no supone el abandono de lo que se libera, sino su inclusión en un proyecto creador. La decisión consistirá, entonces, en dar vigencia a ciertos impulsos o motivos para construirme como persona. Así, toda decisión supone un reajuste de las propias tendencias. Pero para que se den estos hábitos o estructuras que van liberando, que van potenciando la libertad, es necesario que la persona conozca su sentido vital, su horizonte, el para qué de su vida, su vocación. Si no hay un para qué, no surge el cómo. Para activar la libertad y ponerla en disposición de que la persona opte por lo que le plenifica, antes debe conocer su dignidad de persona y los dinamismos de la persona. Descubierta este protovalor y los valores que dimanen de él, la persona estará en disposición de percibirlos como deber, como algo que implica su vida, confirmando así fuerza a su decisión.

1.5.4. Libertad para la responsabilidad

La responsabilidad es la «otra cara de la moneda» de la libertad. Porque ser libres supone tener que responder de nuestros actos, de nuestras elecciones. Decíamos que la persona es una tarea para sí misma. Pero como es libre para hacerse y actuar, la persona es responsable de lo que haga de sí y de lo que obre.

La responsabilidad supone enfrentarse creativamente a las circunstancias de la vida y asumir los propios actos y las consecuencias de los propios actos. No

hacerse cargo de la propia vida ni querer comprometerse deja a la persona en situación de irresponsabilidad. Y precisamente por no quererse hacer cargo de sí y de lo que encuentra en su vida, mira como fatalidad todo cuanto le sucede, adoptando una actitud de conformismo y sometimiento a la mentalidad dominante, de pasividad e individualismo, de relativismo e indiferencia. Cae así en la situación de desmoralización.

La responsabilidad supone, por tanto, la capacidad para tomar las riendas de la propia vida. Y esto siempre es posible, se haya hecho con ella lo que se haya hecho. Se trata de asumir abiertamente méritos y errores, culpas y éxitos, sin evadirse, sin negar nada. Se es responsable, sobre todo, ante uno mismo. Y se es responsable para asumir lo hecho, y para perdonarse, y para aceptarse, y para mejorar a partir del momento actual. Pero también se es responsable ante los demás.

Quien cree que nada puede cambiar, se conforma y acomoda, se aburguesa y pierde tensión vital. Su proyecto vital se diluye. Quien se responsabiliza de sí y de lo que le rodea, no se conforma con lo que es y proyecta el camino hacia su plenitud. En esto consiste la madurez personal.

1.6. Madura quien se compromete

Cada persona está llamada a hacer su propia vida, a construir libre y voluntariamente quién quiera ser. Pero puede hacerlo de acuerdo con su propia realidad, con lo valioso que descubre en sí, de modo libre y racional, o dejando que sean otros u otras instancias quienes impongan a la persona sus criterios y principios. En el primer caso decimos que la persona es autónoma. En el segundo, heterónoma.

La persona autónoma es la que, de modo reflexivo, actúa y elige lo mejor para crecer como persona, de modo que respete su dignidad y la ajena. Vive libre y responsablemente. Es capaz de compromisos firmes y duraderos.

La persona heterónoma es la que se deja llevar por la voluntad ajena, o por sus impulsos o por la mentalidad dominante, o por las normas introyectadas, de modo acrítico e irresponsable. Es incapaz de ningún compromiso.

Lo cierto es que cuando somos niños, necesitamos que otros nos den esas pautas de actuación, que nos ayuden a ser, porque ni nuestra racionalidad ni nuestra libertad son aún maduras. Pero esta heteronomía debe ir dejando paso a la

autonomía a medida que van transcurriendo los años. De esta autonomía, en tanto que ejercicio de la libertad-de y libertad-para, depende la madurez de la persona. Pero todos nos preguntamos alguna vez en qué consiste la madurez personal. Profundicemos en ello:

1.6.1. ¿Por qué rasgos se caracteriza una persona autónoma, libre y responsable?

Una persona autónoma es aquella que:

- Está abierta a sí misma, por lo que tiene un gran autoconocimiento. Es realista y se acepta como es.
- Vive desde un sentido vital: desde su proyecto vital y vocación. Sabe dar razón de sus ideas y opciones desde dicho proyecto. Orienta su vida desde este proyecto. En él tiene un criterio para juzgar lo que le acontece.
- Actúa reflexivamente, sin precipitación, sin impulsividad, eligiendo lo mejor en vistas a su crecimiento personal y el de los demás.
- La persona se vuelve más creativa, fecunda, eficaz. Es capaz de asumir cada vez mayores compromisos.
- Aunque no actúa dejándose llevar por los demás, está, sin embargo, comprometida con los demás. Es decir, actúa desde ella, no desde lo que esperan de ella. Pero sale de sí misma para ponerse en el punto de vista de los otros.
- Está abierta a la Persona como auténtica respuesta al sentido profundo de su existencia y de los acontecimientos de su vida. Desde lo trascendente es capaz de orientar y tomar fuerza para sus compromisos.

1.6.2. ¿Qué es una persona inmadura y heterónoma?

La persona heterónoma es la persona irresponsable, aquella que se deja conducir o guiar en su actuación y decisiones, sin someterlas a su propio juicio o discernimiento:

- a) Por sus impulsos, por su capricho, por sus sentimientos o ideas preconcebidas.
- b) Por las normas y valores recibidos por la autoridad de otros (amigos, medios de comunicación, familia). No actúa conforme a ellas porque le

atraigan, sino por temor al castigo o por temor al remordimiento o culpa (autocastigo).

- c) Por la tradición cultural a la que se pertenece, sin analizarla críticamente.
- d) Por la mentalidad dominante en la sociedad (que impone unos gustos, actividades, trabajos, valores) sin someterla a los propios criterios.

La persona moralmente heterónoma se identificaría, por tanto, con el individuo, del que ya hemos hablado. Busca vivir sin tensiones. No se compromete para no tener que dar cuentas. No se responsabiliza de nada, ni de sí mismo. No reconoce deber ninguno. Sigue las normas para evitar tensiones. Estas normas e impulsos que sigue escapan al control del sujeto. No elige su cumplimiento libremente, sino para evitar las consecuencias (castigo, remordimiento, problemas). Si cumple con ciertas obligaciones es porque le pagan por ellas o para evitar «tener problemas».

Busca no tener que decidir, busca recetas, busca seguridades. No descubre los deberes como propios, sino como algo impuesto. Es incapaz de valorar la bondad o maldad de algo, sino solo su conveniencia o inconveniencia. Por eso tiene una gran incapacidad para decidir por sí. Frente a estas personas, proclamaba Kant: «¡Sapere aude! ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón! (...) La pereza y la cobardía son causa de que una parte tan grande de los hombres continúe a gusto en su estado de minoría de edad (...). ¡Es tan cómodo no estar emancipado!» (Kant: ¿Qué es la Ilustración?).

2. COMPROMETERSE ES COMPROMETERSE CON OTRAS PERSONAS

Los ámbitos donde se puede concretar el compromiso son tantos como las circunstancias en que las personas necesiten ser promocionadas, cuidadas, apoyadas o liberadas. Así, son lugares preferentes de compromiso la familia (la propia y la ajena), la escuela, los grupos marginados socialmente (inmigrantes, adictos), los grupos especialmente débiles (ancianos, enfermos), los ámbitos institucionales que orientan e intervienen en lo público (sindicatos, partidos políticos) e, incluso, cualquier tipo de vida comunitaria (pues, como vimos, es en comunidad como la persona crece).

La pregunta que nos hacemos ahora es, en cada uno de estos ámbitos o contextos, en concreto, ¿con qué nos comprometemos?, ¿en qué consiste el compro-

miso?, ¿consiste en entregar nuestro tiempo o nuestro esfuerzo «por un mundo mejor»? ¿es un trabajo que hago gratuitamente «para sentirme mejor conmigo mismo»?

Lo que vamos a mostrar ahora es cómo todo compromiso lo es, primordialmente, con las personas y a favor de las personas, buscando ayudar a que realice su plenitud personal. Todo lo demás está supeditado a esto. Y si este no es el objetivo último, no será nunca un compromiso personalizante, humanizante.

2.1. Compromiso como apoyo, posibilitación e impulso a las personas

Aunque las personas tenemos que realizar nuestra vida, no somos autosuficientes para realizarnos. Necesitamos a otras personas. Cada uno de nosotros está tejido con el apoyo, posibilidades e impulsos que otros nos han brindado. En este sentido, los padres, los docentes, los terapeutas y, en general, los que llevan a cabo tareas de voluntariado en las que trabajan a favor de otros, tienen una especial importancia. Por eso, sea la tarea en un despacho o sea directamente con las personas, hay que tomar conciencia de que se está trabajando al servicio concreto de las personas. Y esto se concreta en tres ámbitos:

- a) En efecto, el voluntario, el militante o quien, en general, asume un compromiso, es para las personas a favor de las que trabaja apoyo y soporte, pues le proporciona o bien recursos materiales con los que pueda vivir y vivir con dignidad, recursos psicológicos —modos de utilizar la inteligencia, la voluntad, la afectividad, unos conocimientos—, recursos sociales—como los modelos de comportamiento, adquisición de virtudes y actitudes—, o recursos personales —como los valores, como el acompañamiento o como la propuesta de un sentido existencial—.
- b) En segundo lugar, quien se compromete a favor de otros le está ofreciendo posibilidades para su crecimiento. La misma convivencia es ya fuente de vida personal, ámbito necesario para el crecimiento. De ahí la importancia de que el voluntario, el docente o el padre, tenga una personalidad consistente y bien formada, pues cuanto más sea el que se compromete, más «potencia» posibilitadora tendrá respecto del otro. En todo caso, hay que tener en cuenta que esta posibilitación ocurre, sobre todo, en el encuentro, de modo que el cuidado del encuentro interpersonal es esencial en este aspecto. Así, por ejemplo, una clase no puede

ser entendida por el docente como un momento de trasvase de conocimiento, sino un encuentro. Y tampoco el acompañamiento a un adicto o a un anciano es un mero servicio: es un encuentro entre personas. Y es justamente este hecho lo que permite ofrecer al otro posibilidades, ofrecerse uno mismo como posibilidad y, además, crecer también quien se entrega en el compromiso.

- c) En tercer lugar, quien se compromete con otros les impulsa a realizar las posibilidades que tiene ante sí, animándole y permitiendo a cada uno ser quien está llamado a ser. Por eso, alabar y animar es tarea esencial. El buen maestro, el buen padre, alaba los dones, muestra alegría por el buen trabajo, agradece los pequeños avances en la forja del carácter. Repara siempre en lo positivo: no debiera tener mucho tiempo para la riña y ninguno para quejarse. La queja esteriliza. Y así ocurre con todas las personas: crecen al ser impulsadas a ser, al ser confirmadas en su ser personal por el cariño que reciben de otros.

En conclusión, la actividad en la que se encarna el compromiso es, ante todo, una actividad personalizante. Y en esto consiste el hacer bien al otro: contribuir a que sea más plenamente persona.

2.2. Compromiso como recuperación del ámbito de lo personal

Cuenta la historia que se declaró un incendio en una casa en la que había un hombre profundamente dormido. Trataron de sacarlo por una ventana, pero en vano. Luego intentaron sacarlo por la puerta, pero sin éxito. No había modo, porque aquella persona estaba demasiado gorda. Cuando comenzaba a cundir la desesperación, alguien sugirió: «¿Por qué no lo despertamos y sale él por su propio pie?».

Al cabo, parece que el primer paso en el compromiso con el otro necesitado es despertarle para que se ponga en condiciones de ayudarse a sí mismo. Ayudar al otro manteniéndole como sujeto pasivo (pudiendo ser activo) es puro asistencialismo estéril. Por eso, la mayor parte de los voluntariados y compromisos con las personas pasan por despertarles para que recuperen su existencia personal. De modo que se trataría de:

- Despertar a la persona de la la cosificación a la que le someten otros o a la que se somete a sí misma, pues la persona nunca debe ser tratada como una cosa, nunca puede ser etiquetada, utilizada, empleada como instrumento.

Y en nuestros días no solo es esto frecuente, sino también que la persona se conciba a sí misma como instrumento en función de una empresa, un sistema económico, del mercado, etc.

- Despertar a la persona de sus papeles o personajes, del hecho de que alguien se pueda concebir a sí mismo como mero consumidor, ciudadano, o burgués de vida acomodada, tranquila y vacía.
- Despertar a la persona de las formas degradadas de comunidad, sobre todo de la masticación, pues la masa es el reino de lo impersonal, del «se», de lo irresponsable. Pero también de las meras relaciones impersonales, o meramente profesionales, que dejan siempre al margen a lo más íntimo de la persona.
- Despertar a la persona del individuo en el que se ha disuelto, más atenta a la lógica del tener que del ser, más atenta a sus diversiones o a sus comodidades que a su vocación, centrada en sí y ciega para los demás.
- Despertar a la persona de la idolatría del economicismo capitalista y neoliberal y el modo de vida que traen consigo: afán de posesión y consumo, despilfarro y la lógica del dinero.

2.3. Un compromiso al servicio de la vocación del otro

Pero tratar de restablecer en el otro la conciencia de su dignidad de persona y la experiencia de su vivir como persona no basta. La persona solo podrá emerger plenamente y desarrollar todas sus capacidades en función de algún horizonte. En concreto, ayudar a otro a vivir como persona supone, ante todo, acompañarle para que tome conciencia y actúe en función de la propia vocación. No hablamos aquí de la «vocación profesional», sino de la identidad más profunda, de lo que realmente es y a lo que está llamada a ser cada persona, a su puesto único en el cosmos. La vocación, en este sentido, es algo más profundo que los personajes que desempeñamos. Más profundo que los propios deseos e impulsos. Es el «núcleo duro» de la persona, la fuente de toda creatividad original, la luz que orienta todo el discurrir de su vida. Es la llamada a esculpir la propia estatua de una manera absolutamente personal, original, insustituible. Ya hemos hablado de ello.

2.4. Un compromiso que promociona el encuentro

Era un matrimonio pobre. Ella hilaba a la puerta de su choza pensando en su marido. Todo el que pasaba por delante se quedaba prendado de la belleza de

su cabello negro, largo como hebras brillantes salidas de su rueca. Él iba cada día al mercado con algunas frutas. A la sombra de un árbol se sentaba a esperar, sujetando entre los dientes su pipa vacía. No llegaba el dinero para comprar un pellizco de tabaco.

Se acercaba el día del aniversario de la boda y ella no cesaba de preguntarse qué podría regalar a su marido. Y, además, ¿con qué dinero? Una idea cruzó su mente. Sintió un escalofrío al pensarlo pero, al decidirse, todo su cuerpo se estremeció de gozo: vendería su pelo para comprarle tabaco.

Ya imaginaba a su hombre en la plaza, sentado ante sus frutas, dando largas bocanadas a su pipa: aromas de incienso y de jazmín darían al dueño del puestecillo la solemnidad y prestigio de un verdadero comerciante.

Solo obtuvo por su pelo unas cuantas monedas, pero eligió con cuidado el más fino estuche de tabaco. El perfume de las hojas arrugadas compensaba largamente el sacrificio de su pelo.

Al llegar la tarde, regresó el marido. Venía cantando por el camino. Traía en su mano un pequeño envoltorio: eran unos peines para su mujer, que acababa de comprar tras vender su vieja pipa... Abrazados, rieron hasta el amanecer.

Crecer es siempre crecer con otros. El cuidado de las personas implica mimar sus relaciones interpersonales. En este sentido, la tarea personalizante consistirá también en el restablecimiento de las relaciones personales. Relaciones personales son las que establece la persona cuando trata a los demás como seres valiosos en sí, cuando trata al otro como una persona, con un rostro concreto. En este sentido, la primera forma de relación es la que se establece entre un yo y un tú.

«Las otras personas no limitan a la persona, la hacen ser y desarrollarse. Ella no existe, sino hacia los otros, no se conoce, sino por los otros, no se encuentra, sino en los otros. La experiencia primitiva de la persona es la experiencia de la segunda persona. El tú y el nosotros, preceden al yo (Mounier, E.: El personalismo. Obras III. Sígueme, Salamanca 1990, p. 475.)

La relación personal más intensa y auténtica es la de encuentro entre dos personas. Por ello, estimamos que la forma más intensa de compromiso siempre pasa por el encuentro. Ahora bien, téngase en cuenta la disimetría necesaria de la relación de ayuda, pues uno es quien se ofrece a sí, y el otro el que va a la relación como necesitado. En todo caso, en un auténtico encuentro, ambos reciben, ambos son

fecundados por el otro, aunque uno pueda ofrecer su actividad y el otro solo su pasividad. Pero la presencia del otro, desnuda y menesterosa, también resulta ser un resorte único para la activación y fecundidad personal de quien se compromete. Por el encuentro, un «yo» y un «tú» se convierten en un «nosotros». Y solo desde el «nosotros» crecen el «yo» y el «tú». Recuperar el nosotros, la dimensión comunitaria, resulta tarea prioritaria en la mayor parte de las formas de compromiso.

2.5. Los compromisos fecundos se viven comunitariamente

Pero, para trabajar con fecundidad por otros, es imprescindible vivir estos compromisos comunitariamente y no como un francotirador. Se trata de establecer comunidad entre los que se comprometen y comunidad con aquellos a favor de los que se realiza el compromiso. En este sentido se habla (aunque no siempre se vive) de la «comunidad educativa», de la «comunidad terapéutica», de la «comunidad eclesial» o de la «comunidad familiar».

Como dijimos, el compromiso se realiza, primordialmente, a través del encuentro con otras personas. Pero todo encuentro personal conduce a la comunicación, en el doble sentido de dar cada uno lo que es al otro y apertura a través del diálogo. Y la comunicación funda la comunidad.

Una comunidad es una persona de personas. Y esto significa que:

- a) Cada uno de sus componentes descubre a los demás como personas y les trata como tales, es decir, como un fin en sí.
- b) Está al servicio de las personas y su vocación. Tiene como fin poner a cada persona en estado de poder vivir como persona, es decir, de poder acceder al máximo de iniciativa, de responsabilidad, de vida personal.
- c) Tiene unos fines que son superiores a la suma de los intereses individuales.
- d) Está regida por las actitudes básicas de acogida y donación.

2.6. El compromiso hace crecer a quien se compromete

Un agricultor, cuyo maíz siempre había obtenido el primer premio en la Feria Agrícola Nacional, tenía desde siempre la llamativa costumbre de compartir siempre sus mejores semillas de maíz con todos los demás agricultores del contorno.

En una ocasión le alabaron en público su generosidad y le preguntaron si no pensaba que actuando así ponía en peligro la competitividad y exclusividad de sus cosechas. A esto respondió que él siempre había actuado así porque creía que sus dones y sus bienes eran para compartirlos, pero desveló algo importante: que justo por actuar así se dio cuenta, con los años, de que sus propios campos se veían beneficiados, porque al dar a sus vecinos semillas de las suyas, las mejores, el viento llevaba a sus campos el mejor polen que traería los mejores frutos y que si los vecinos hubiesen cultivado maíz de clase inferior, la polinización hubiese hecho que sus propios campos hubiesen perdido calidad. De modo que, al final, dando a los otros, sin quererlo, recibía siempre él más.

Y, en efecto, toda persona con un mínimo de sabiduría de la vida, termina por descubrir que, al comprometerse en alguna acción a favor de otras personas, no solo ayuda a otros, sino que, en realidad, está creciendo ella misma.

El compromiso con otros, hacerse responsable de otros, de su promoción, educación, curación o cuidado, poniéndose a su servicio es, así, diaconía responsable: servicio al otro que responde a su presencia menesterosa. Pocas tareas más hermosas y más ilusionantes. Pero este servicio al otro no supone una alienación del que se compromete, o un abandono de sí. Paradójicamente (a los ojos del ciego pragmático), poner la vida al servicio de otros trae consigo como consecuencia el propio crecimiento. Es más, es vía necesaria para el propio crecimiento. En realidad, como dijimos, solo se tiene lo que uno ha dado, aunque para dar antes hay que ser.

3. CONCLUSIÓN: VIVIR ES DESVIRSE POR OTROS

Todo compromiso es *cum-pro-missio*:

- a) *Cum*: con. Es siempre un trabajar con otros, en compañía de otros. El compromiso realiza la esencial tendencia humana que lo proyecta hacia fuera de sí, hacia lo que no es ella. Quedar la persona centrada en sí es la raíz de muchas enfermedades psíquicas. El ser humano está lanzado a trascenderse a sí mismo con otros. El solipsismo, quedarse encerrado en uno mismo, enloquece, enferma. La realización personal siempre es una realización con otros.
- b) *Pro*: en favor de. La apertura a los otros y el ser con otros culmina en el ser a favor de otros, al servicio de otros, en defensa de otros, descentrado

en otros. El compromiso es siempre donación a otro de la propia vida, del propio tiempo y esfuerzo. Es descentramiento de la propia trama vital de modo que otros sean el centro de gravedad. Quien no se entrega, nunca llega a poseerse. El ser humano solo se cumple como tal no en sí mismo, sino en dirección a otro.

- c) *Missio*: envío. Ante el rostro del otro, el ser humano no solo se descubre con el otro y a favor del otro, sino enviado al otro para tomarlo sobre sí, para responder a su llamada, para responsabilizarse de él y para liberarlo. La *missio* es envío y liberación: es un envío en el que se ejerce la libertad más profunda, la libertad que libera a otros. Y esto no ocurre en la mera libertad-de, sino en la libertad-para, en la libertad que se compromete.

De este modo, el compromiso es el envío liberador con y en favor de otros. Y esta polarización esencial, ontológica, profunda, radical, del ser humano a favor de otros es el amor. Vivir comprometidos es vivir amando. Por ello, la gran verdad del ser humano no es la del solipsista y autocentrado «Pienso luego existo», sino la de la misión o envío descentrado a favor de otros y con otros: el «Soy amado, luego existo» que permite un «Amo, luego existo».

Pero el amor, por ser más que algo afectivo, algo efectivo, se concreta en una serie de actos personales:

- Salir de sí, es decir, hacerse disponible para los otros, capacitarse para liberar a otros liberándose uno mismo. Amar es poner mi centro de gravedad en otro.
- Comprender al otro, es decir, ponerse en su punto de vista.
- Tomar al otro sobre sí, de modo que pueda reír con el que ríe y llorar con el que llora. El otro pasa a ser mi responsabilidad.
- Darse al otro, con generosidad, con gratuidad, sin medida, sin cálculo.
- Ser fiel al otro y confiar en él, nunca desesperar del otro.

Vivir desviviéndose por otros no solo es el modo más adecuado de vivir como personas, sino que constituye el modo de vida más pleno, más feliz, más luminoso.

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV.: «2001. *Repensar el voluntariado*» en Documentación social 122 (enero-marzo, 2001).

AA.VV.: «*Voluntariado*» en Documentación social 104 (julio-septiembre, 1996).

ARANGUREN GONZALO, Luis A.: *Vivir es comprometerse*. Ed. Mounier, colección Sinergia, Madrid, 2001.

— *Reinventar la solidaridad*. Ed. PPC, Madrid, 1998.

BÉJAR, Helena: *El mal samaritano. El altruismo en tiempos de escepticismo*. Anagrama, Barcelona, 2001.

CARRERAS, Ignaci y OSES, María: *Vivir solidariamente: es posible día a día*. Ed. Planeta/Intermón-Oxfam, Barcelona, 2003.

DIAZ, Carlos: *Soy amado, luego existo IV. Su justicia, para quienes guardan su alianza*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2000.

— *El libro del militante personalista y comunitario*. Editorial Mounier, Madrid, 2000.

— *Aprovechar la crisis con creatividad*. Editorial CCS, Madrid, 2002.

DOMINGO MORATALLA, Agustín: *Ética y voluntariado: una solidaridad sin fronteras*. PPC, Madrid, 1997.

DOMÍNGUEZ PRIETO, Xosé Manuel: *Por unha ética da economía. Da ética neoliberal á ética personalista*. Edicións do Castro. Sada, A Coruña, 1999.

— *Para ser persona*. Editorial Mounier, colección Sinergia, Madrid, 2002.

GARCIA ROCA, Joaquín: *Solidaridad y voluntariado*. Sal Terrae, Santander, 1994.

— *Exclusión social y contracultura de la solidaridad: prácticas, discursos y narraciones*. HOAC, Madrid, 1998.

MONTAGUT, Teresa (coord.): *Voluntariado: la lógica de la ciudadanía*. Ariel, Barcelona, 2003.

PETRELLA, Ricardo: *El bien común. Elogio de la solidaridad*. Ed. Debate, Madrid, 1997.

SEBASTIÁN, Luis de: *La solidaridad «Guardián de mi hermano»*. Ariel, Barcelona, 1996.